

MEMORIA DE CARLOMAGNO: SOBRE LA DIFUSIÓN TEMPRANA DE LA MATERIA CAROLINGIA EN ESPAÑA (SIGLOS XI-XII)¹

Francisco Bautista
Universidad de Salamanca

Por razones diversas, el rastreo y la interpretación de alusiones o huellas de las leyendas épicas francesas ha sido una de las constantes en los estudios sobre la épica medieval española. Ello se debe, obviamente, a que la gesta francesa constituye el paradigma y el modelo del género, por lo que su consideración resulta decisiva para la historia de este tipo de discurso en España, pero también a que en este asunto se han visto mezcladas otras cuestiones de orden ideológico. Es casi un tópico señalar que la épica, entendida como algo tradicional o colectivo, fue vista por los intelectuales del siglo XIX en clave identitaria, como un ámbito privilegiado sobre el que construir determinadas imágenes del pasado destinadas a modelar el presente. Es más, tal visión, pese a encontrarse matizada, siguió ejerciendo una fuerte atracción sobre filólogos posteriores, y sin duda es un agente activo en la obra del estudioso más importante de la épica española, Ramón Menéndez Pidal (1869-1968)². Ello ha hecho que, a pesar de ser un asunto abundantemente tratado,

¹ La redacción de este trabajo se inscribe en las actividades del Proyecto del Plan Nacional de I+D+I del Ministerio de Ciencia e Innovación (con subvención de Fondos Feder) FFI2009-13058: *Formas de la Épica Hispánica: Tradiciones y Contextos Históricos*, dirigido por el Prof. Alberto Montaner Frutos, a quien agradezco sus comentarios a una primera versión de estas páginas.

² Véase Alan Deyermond, «Menéndez Pidal and the Epic», en *Ramón Menéndez Pidal after Forty Years: A Reassessment*, ed. Juan Carlos Conde, Londres,

el de las relaciones entre épica francesa y española haya sido con frecuencia también un tema polémico o propicio a los malentendidos, al estar ligado inevitablemente, entre otras cosas, a la cuestión de los orígenes de género en la península. No es, con todo, un caso peculiar o aislado, pues algo parecido ocurre con otros aspectos que afectan a la difusión de la cultura francesa en la España de este momento, como la introducción de la orden cluniacense³.

De forma amplia, como un componente más de la recepción de elementos culturales extrapeninsulares, o de forma más ceñida, centrada en el estudio literario, las investigaciones sobre la épica francesa en España dieron resultados monográficos y exhaustivos hacia mediados del pasado siglo. De entre la primera vertiente, destacan en particular los trabajos de Marcelin Defourneaux y de Barton Sholod, donde las referencias a los héroes francos son emplazadas dentro de los procesos culturales que marcan la apertura de la península ibérica al resto de Europa, como el desarrollo de la peregrinación a Santiago, la participación de caballeros ultrapirenaicos en la lucha contra los musulmanes en España o la citada expansión cluniacense⁴. Entre los estudios literarios, la primera aportación sistemática se debe a Jules Horrent, que en 1951 inventarió todas las alusiones a la gesta rolandiana y estudió las leyendas épicas españolas de tema francés⁵. Un año después de la publicación de su estudio, Martín de Riquer llevó a cabo una magnífica síntesis sobre la épica francesa, en la que prestaba particular atención a su relación con España⁶. Y en 1953 Dámaso Alonso dio a conocer el estu-

Department of Hispanic Studies, Queen Mary, University of London (Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar, 67), en prensa.

³ Véase, por ejemplo, Patrick Henriët, «Moines envahisseurs ou moines civilisateurs? Cluny dans l'historiographie' espagnole, XIII^e-XX^e siècles», *Revue Mabillon*, n.s. 11 (2000), pp. 135-159.

⁴ Marcelin Defourneaux, *Les Français en Espagne aux XI^e et XII^e siècles*, París, Presses Universitaires de France, 1949, y Barton Sholod, *Charlemagne in Spain: The Cultural Legacy of Roncesvalles*, Ginebra, Droz, 1966. De estos dos estudios, es sin duda superior el primero, aunque el trabajo de Sholod tiene el interés de ofrecer una orientación algo más amplia, si bien debe manejarse con cautela.

⁵ Jules Horrent, *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au moyen âge*, París, Les Belles Lettres, 1951.

⁶ Martín de Riquer, *Los cantares de gesta franceses (sus problemas, su relación con España)*, Madrid, Gredos, 1952. Una versión actualizada se tradujo al francés en 1957, y de ella parte la reciente reedición española del libro, publicada también por Gredos, 2009, por la que cito.

hallazgo de la conocida desde entonces como «Nota emilianense», que atestiguaba la difusión de la leyenda de Roncesvalles en la Rioja en la segunda mitad del siglo XI, siendo entonces la alusión más antigua de este tema en España⁷. Este breve texto, sin embargo, tenía también implicaciones importantes para el espinoso problema de los orígenes de la épica románica y para la historia de la gesta rolandiana, que fueron exploradas por Ramón Menéndez Pidal en un libro magistral, en donde se proponía además un nuevo repaso por las alusiones tempranas en textos hispánicos a la épica francesa⁸. Con estas publicaciones se cierra el ciclo de los estudios monográficos, que ha dado lugar a observaciones más puntuales, en donde se han ido aportando nuevas reflexiones y rectificaciones⁹. Recientemente, por fin, Diego Catalán ha ofrecido una monumental síntesis sobre la épica española, en la que el tema que nos ocupa tiene un tratamiento exhaustivo y original, que ha de ser punto de referencia para cualquier estudio en este sentido¹⁰.

Quizá no tuviera demasiado interés volver aquí sobre estas cuestiones si no fuera por la localización de un testimonio no tenido en cuenta hasta ahora, que aporta nuevos datos al respecto. Me propongo entonces integrarlo dentro de este itinerario, recorriendo una vez más el dossier,

⁷ Dámaso Alonso, «La primitiva épica francesa a la luz de una 'Nota emilianense'», *Revista de Filología Española*, 37 (1953), pp. 1-94.

⁸ Ramón Menéndez Pidal, *La «Chanson de Roland» y el neotradicionalismo: orígenes de la épica románica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959. Cabe mencionar también el estudio de André de Mandach, *Naissance et développement de la Chanson de Geste en Europe*, I: *La Geste de Charlemagne et de Roland*, Ginebra, Droz, 1961, sobre el que conviene tener en cuenta, en todo caso, la excelente reseña de Cesare Segre, *Zeitschrift für romanische Philologie*, 79 (1963), pp. 437-445.

⁹ Pueden verse, por ejemplo, las recapitulaciones de Jacques Horrent, «L'histoire légendaire de Charlemagne en Espagne», en *Charlemagne et l'épopée romane: Actes du VIIe Congrès International de la Société Rencesvals (Liège, 28 août-4 septembre 1976)*, París, Les Belles Lettres, 1978, I, pp. 125-156, y Víctor Millet, «Potentiale und Probleme der Geschichten über Karl den Geossen in den iberomanischen Literaturen del Mittelalters», en *Karl der Grosse in den europäischen Literaturen des Mittelalters: Konstruktion eines Mythos*, ed. Bernard Bastert, Tubinga: Max Niemeyer, 2004, pp. 79-106, y la síntesis, con amplia bibliografía, de Alan Deyermond, *La literatura perdida de la Edad Media castellana: catálogo y estudio*, I: *Épica y romances*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995. Otros trabajos serán oportunamente citados a lo largo de estas páginas.

¹⁰ Diego Catalán, *La épica española: nueva documentación y nueva evaluación*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2001.

aunque colocando también las alusiones épicas a la luz de otros textos menos conocidos o explorados, dejando los casos más tratados hasta cierto punto en un segundo plano, lo que tal vez contribuya a ofrecer una percepción histórica más contrastada y significativa. Trataré de llamar la atención así sobre el hecho de que la documentación de las referencias a la gesta francesa no es un fenómeno aislado tampoco desde un punto de vista literario, y coincide con la reaparición de la memoria de Carlomagno y con la introducción de textos históricos ligados a este personaje, como la *Vita Karoli* de Eginhardo, algunos de los anales carolingios u otros textos históricos sobre los francos. Aunque obviamente la presencia de estos textos o de ciertas referencias a Carlomagno no presuponen en absoluto la existencia de un género épico, lo cierto es que su aparición es estrictamente contemporánea, como veremos, de las primeras alusiones a la materia carolingia, algo que apenas puede considerarse casual y que quizá responda a una visión más cabal de tales textos, en la medida en que las distinciones genéricas no habrían de agotar todas las virtualidades de ese pasado ejemplar que en ellos se muestra. Puede decirse, en este sentido, que la expansión de la memoria y los usos eruditos de Carlomagno habrían ido de la mano así de la posibilidad de que informaciones de otro tipo, de origen tradicional, fueran acogidas en los textos latinos, los únicos de que disponemos para España en los siglos XI y XII.

1. Tiempo de silencio

Después de los contactos históricos entre la corte carolingia y la de Alfonso II, en los alrededores del año 800, no solo parece diluirse poco a poco la comunicación política con otros dominios europeos, sino que las alusiones ultrapirenaicas en las fuentes históricas peninsulares posteriores brillan generalmente por su ausencia, dejando a un lado, por razones obvias, a los condados pirenaicos¹¹. No parece sorprendente

¹¹ Para los contactos con los cristianos de Al-Andalus, véase el excelente trabajo de Jacques Fontaine, «Mozarabie hispanique et monde carolingien: les échanges culturels entre la France et l'Espagne du VIII^e au Xe siècle», *Anuario de Estudios Medievales*, 13 (1983), 17-46, con amplia bibliografía. Y sobre Alfonso II y Carlomagno, la revisión de Alexander Pierre Bronisch, «Asturien und das Frankenreich zur Zeit Karls des Grossen», *Historisches Jahrbuch*, 119 (1999), pp. 1-40. Para uno de los escasos documentos de los reinos cristianos peninsulares

en este sentido que los textos hispánicos ignoren casi por completo los citados contactos entre Alfonso II y Carlomagno, que solo pueden reconstruirse a partir de la documentación franca, pues ello se muestra en sintonía con una tendencia por la cual los reinos cristianos del norte de la península ibérica concentran su horizonte sobre sí mismos y sobre sus relaciones con el poder musulmán¹². De este modo, las fuentes hispánicas entre el siglo IX y buena parte del XI pasan por alto completamente la figura de Carlomagno, que en vano se buscará, por ejemplo, en el ciclo de crónicas de Alfonso III, en los manuscritos cronísticos de esta época, en la documentación o en los primitivos textos analísticos.

La única excepción de la que tengo noticia se encuentra en un texto situado en un enclave justamente relacionado con ese ámbito pirenaico que constituye la excepción a esta tendencia, al haber quedado buena parte de él sometido al dominio carolingio. Me refiero a las *Genealogías de Roda* o *Genealogiae Rotenses*, redactadas hacia el año 970 en el reino de Pamplona y conservadas en el llamado Códice de Roda, escrito en San Millán de la Cogolla o en Nájera en torno al 990¹³. El autor de este texto, al reconstruir el linaje de los condes de Aragón, recuerda que Aznar Galindones marchó a Francia y se sometió a Carlomagno, de quien recibió ciertos territorios¹⁴. Se trata de una información que tiene,

de esta época, aunque de discutida autenticidad, que muestra un contacto político con un centro cultural francés, véase ahora Patrick Henriot, «La lettre d'Alphonse III, rex Hispaniae, aux chanoines de Saint-Martin de Tours (906)», en *Retour aux sources. Textes, études et documents d'histoire médiévale offerts à Michel Parisse*, París, Picard, 2004, pp. 155-166, si bien no afecta directamente al tema que aquí me interesa.

¹² Desde luego, los contactos culturales, de tipo monástico, no desaparecieron por completo, como mostró en un trabajo clásico Charles Julian Bishko, «Salvus of Albelda and Frontier Monasticism in Tenth-Century Navarre», *Speculum*, 23 (1948), pp. 559-590, continuado por otros estudiosos (téngase en cuenta, por ejemplo, el códice 46 de la Real Academia Española, del siglo X; Elisa Ruiz García, *Catálogo de la sección de códices de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, pp. 281-284). Estos contactos culturales hacen, si se quiere, más notable aún la ausencia de referencias a Carlomagno.

¹³ José María Lacarra, «Textos navarros del Códice de Roda», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, 1 (1945), pp. 193-283.

¹⁴ «Perrexit igitur Asnari Galindones ad Franziam et proiecit se pedibus Carli Magni et donavit illi populationem Cerretania et Oriello, ubi et tumulatum iacet» (J. M^a. Lacarra, art. cit., p. 242).

hasta donde es posible saber, una justificación y un fondo históricos (aunque el rey en cuestión no fuera Carlomagno, sino su hijo Luis el Piadoso), y que se enmarca dentro de la memoria del linaje condal aragonés, cuyos orígenes son los que reciben mayor atención dentro de las *Genealogiae Rotenses*. Es posible que la mención de Carlomagno posea un cierto valor legitimador, que podría corresponder también a un eco histórico (que tendría que ver, como recuerda Ramon d'Abadal, con el hecho de que Aznar hubiera obtenido el condado de Aragón en tiempos de Carlomagno), pero lo cierto es que a esa presencia, aunque refleje quizá una percepción en la zona pirenaica de la época de Carlomagno como fuente de autoridad, no puede atribuírsele ninguna cualidad legendaria¹⁵.

Distinto es el caso de otro texto compuesto en León a fines del siglo X, la crónica de Sampiro. Como es sabido, esta obra no se ha conservado directamente, sino integrada dentro de dos textos posteriores: una compilación cronística debida a Pelayo de Oviedo, datada en 1142, donde el texto ha sufrido diversas interpolaciones, y la llamada *Historia Silense* (c. 1118), que transmite una versión más fiel del original, pero que se conserva a su vez en manuscritos bastante tardíos, los más tempranos de fines del siglo XV. Pues bien, según el texto de Sampiro transmitido por la *Historia Silense*, la esposa de Alfonso III habría sido de estirpe carolingia¹⁶. Y puesto que no hay duda de que esta afirmación es falsa (bastaría para mostrarlo el nombre de Jimena atribuido a una princesa franca), la mención aquí de Carlos, sea cual sea aquel al que se refiera el texto, tiene un valor simbólico, de modo sería indicio ya de la recepción del prestigio carolingio en España, un prestigio tal como para impulsar a este tipo de invenciones. Ello parecería entonces contradecir

¹⁵ Véase J. M^a. Lacarra, *art. cit.*, p. 242, n. 20, y Ramon d'Abadal i de Vinyals, *Catalunya carolíngia*, III: *Els comtats de Pallars i Ribagorça*, 2 vols., Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1955, I, p. 102. Puede recordarse también, por otro lado, el interesante pasaje de las dos versiones de la *Chronica wisegothorum* que menciona implícitamente las relaciones de Carlos el Calvo con los Pirineos (Juan Gil Fernández, José L. Moralejo y Juan I. Ruiz de la Peña, ed. y trad., *Crónicas asturianas*, Oviedo, Universidad, 1986, pp. 146 y 149).

¹⁶ «Non multo post, universam Galliam simul cum Pampilonia causa cognationis secum adsociat, uxorem ex illorum prosapia accipiens nomine Xemenam consubrinam Caroli regis» (Francisco Santos Coco, ed., *Historia Silense*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1921, p. 42). Vuelvo sobre esta obra adelante, donde ofrezco más detalles bibliográficos.

lo apuntado anteriormente en relación a la memoria carolingia en España entre el siglo IX y buena parte del XI; sin embargo, nos encontramos con seguridad ante una interpolación efectuada probablemente en el siglo XIII, que no pertenece de hecho al texto de Sampiro.

Por un lado, el texto transmitido por Pelayo de Oviedo carece de la indicación que se lee en la *Historia Silense*, señalando solamente el nombre de la esposa¹⁷. Teniendo en cuenta una cierta inclinación en este autor a usar el contexto carolingio como un sustrato legitimador, según se muestra en su falsificación del «Concilio de Oviedo», o la presencia, como veremos, de alusiones al mundo carolingio en su obra, no se entendería en absoluto que don Pelayo hubiera eliminado dicha referencia. Es más, puede decirse que no solo el original de Sampiro carecía de esta indicación, sino que el pasaje tampoco corresponde a una lectura genuina de la propia *Historia Silense*. Así lo prueba un importante testimonio indirecto de dicha obra, la *Chronica Naierensis* (c. 1190), que sigue de cerca esta fuente para la sección de los reyes asturleonese, reproduciendo incluso la duplicación del reinado de Alfonso III que en ella se produce. En efecto, esta obra, al copiar la crónica de Sampiro siguiendo la *Historia Silense*, tampoco incluye el detalle sobre el parentesco carolingio de Jimena, y de nuevo no hay ningún dato que permita pensar en una supresión intencionada, ya que la *Chronica Naierensis* sigue fielmente su modelo e incluye otras noticias de este tipo¹⁸. El primer texto en que encontramos una

¹⁷ «Non multo post, uniuersam Galliam simul cum Pampiloniam, causa cognationis, secum adsociat; uxorem ex illorum prosapia generis accipiens nomine Xemenam» (Justo Pérez de Urbel, ed., *Sampiro: su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, Madrid, Escuela de Estudios Medievales, CSIC, 1952, p. 277).

¹⁸ «Non multo post uniuersam Galliam simul cum Pampilonia causa cognationis secum adsociat, uxorem ex illorum prosapia generis accipiens nomine Xemenam» (Juan A. Estévez Sola, ed., *Chronica Hispana saeculi XII, Pars II: Chronica Naierensis*, Turnhout, Brepols (Corpus Christianorum: Continuatio Medieualis, 71A), 1995, p. 119). Por ejemplo, la *Chronica Naierensis* reproduce la invención de Pelayo de Oviedo de que Alfonso II había tenido una esposa de linaje regio francés (II.15) o recoge una nota sobre la batalla de Roncevalles (II.11), que comento abajo, con una clara simpatía hacia el mundo franco. Además, el añadido no cuadra dentro de la *Historia Silense*, hostil hacia el mundo carolingio. Por otro lado, este pasaje muestra la importancia de la *Chronica Naierensis* para la edición de la crónica de Sampiro y permite valorar a nueva luz el texto conservado de la *Historia Silense*. Véase, en este sentido, J. A. Estévez Sola, «*Chronica Naierensis e Historia Silensis*: modelos historiográficos y crítica textual», *e-Spania*, 7 (2009) < <http://e-spania>.

información similar no será sino el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy, fechable hacia 1236, y por diversas razones puede considerarse una invención de este autor, que asimila en ciertos detalles la biografía de Alfonso III a la de Alfonso II¹⁹. De este modo, todo apunta a que el dato sobre Jimena se interpoló más tarde, a partir del *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy, en el subarquetipo común a los testimonios directos conservados de la *Historia Silense*, seguramente de procedencia leonesa.

Así pues, aunque el dato sobre el linaje de la esposa de Alfonso III sí habla de un contexto en el que el capital simbólico carolingio ha de tener ya una circulación importante, tal contexto no es desde luego el de finales del siglo X sino el del siglo XIII. La disquisición sobre este punto se convierte así en un ejemplo, a contraluz, del silencio historiográfico y literario sobre Carlomagno en los testimonios hispánicos entre el siglo IX y buena parte del XI, que iría siendo poblado en los textos producidos con posterioridad y cuya presión podría, incluso, llegar a dar lugar a una interpolación como la que acabo de describir, que siendo mínima no es por ello menos significativa. Este silencio, aunque de carácter muy distinto, es paralelo al que manifiestan las fuentes francesas a propósito de la leyenda carolingia, que solo comienza a emerger en el siglo XI, tímidamente en la primera mitad y de forma un poco más amplia en la segunda. Pero ambos muestran, cada uno a su manera, que antes de esta centuria la memoria de Carlomagno no había dado lugar a elaboraciones literarias como las de los cantares de gesta

revues.org/> (consultado el 7 de enero de 2011), aunque no comenta el caso en el que me detengo aquí.

¹⁹ «Duxit uero rex uxorem ex Francorum regali genere nomine Amulinam, que postea se fecit uocari Xemenam, magni regis Caroli consobrinam» (Emma Falque, ed., Lucae Tudensis, *Chronicon Mundi*, Turnhout, Brepols (Corpus Christianorum: Continuatio Medievalis, 74), 2003, p. 246), y poco después: «Xemena, que regina de Galliis dicitur» (p. 249). Esta invención de Lucas es paralela a la que había introducido poco antes, al hablar de Alfonso II: si Pelayo de Oviedo había inventado el dato de que la esposa de este era de linaje regio francés, Lucas la hará hermana de Carlomagno (p. 237). Remito a lo señalado en Francisco Bautista, *La «Estoria de España» en época de Sancho IV: sobre los reyes de Asturias*, Londres, Department of Hispanic Studies, Queen Mary, University of London (Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar, 50), 2006, p. 19, que debe corregirse a la luz de la argumentación aquí desarrollada.

ni convertido aún al emperador en una potencia legitimadora para los contextos y los propósitos más variopintos²⁰.

2. La Rioja

Probablemente, el primer texto en utilizar el nombre de Carlomagno para autorizar una invención histórica en León y Castilla sea un documento sobre el rito hispánico incluido en el famoso *Codex Aemilianensis*, que se propone como una historia de dicho rito y de sus supuestas aprobaciones papales (texto que llamaré, utilizando uno de los epígrafes del mismo, *De officio Ispane ecclesie*)²¹. Aunque este manuscrito está fechado en el año 994, el texto en cuestión, que menciona al final al papa Alejandro II (1061-1073), se encuentra en un quinión añadido al manuscrito en fecha posterior, en la primera mitad del siglo XII. Además, nuestra pieza se copió en un espacio en blanco al final del mismo, y se hubo de recurrir a la inserción de un trozo de pergamino, de tamaño mucho menor que el resto, para recoger el texto completo. Dividido en tres partes, la primera trata de los orígenes del rito, la segunda de una misión llevada a cabo en España por un clérigo enviado desde Roma llamado Zanelo, y la tercera de la supuesta aprobación del rito a cargo de Alejandro II. Nos encontramos así ante un documento que trata de avalar la ortodoxia y la legitimidad de

²⁰ Tal es la conclusión propuesta en su día por Joseph Bédier, *Les Légendes épiques: recherches sur la formation des chansons de geste*, IV, París, Honoré Champion, 1913, pp. 452-464, que a mi juicio no desmiente en lo esencial ningún hallazgo posterior. Véase, para otro punto de vista, R. Menéndez Pidal, *ob. cit.* Sobre la memoria de Carlomagno en Francia, puede verse, entre otros, Robert Morrissey, *L'Empereur à la barbe fleurie: Charlemagne dans la mythologie et l'histoire de France*, París, Gallimard, 1997.

²¹ Escorial, ms. d-I-1, fols. 395bisv-396bisr (debe advertirse que el manuscrito tiene diversas foliaciones). El texto fue editado por Enrique Flórez, *España Sagrada*, III, Madrid, 1748, apéndice III, y magistralmente estudiado por Pierre David, *Études historiques sur la Galice et le Portugal du VI^e au XII^e siècle*, París, Les Belles Lettres, 1947, pp. 112-114 y 391-395, donde se detallan las tradiciones de las que parte. Véase también Rose Walker, *Views of Transition: Liturgy and Illumination in Medieval Spain*, Londres, British Library, 1998, pp. 31-32 y ahora el importante estudio de Thomas Deswarte, *Une Chrétienté romaine sans pape: l'Espagne et Rome (586-1085)*, París, Éditions Classiques Garnier, 2010, pp. 444-455 y 567-569, que incide en el contexto material de la pieza y data la sección en la que se incluye.

la liturgia hispánica, inscrito en el contexto de las resistencias que provocaron los intentos de introducir el rito romano en España, y que por sus referencias internas puede fecharse aproximadamente hacia 1080, aunque la copia que conservamos sea, como he señalado, un poco más tardía.

La segunda parte, que trata de la misión de Zanelo, se relaciona con una tradición compostelana documentada también en un diploma de Diego Gelmírez del 15 de abril de 1115 y en un pasaje del *Chronicon Iriense* (obra escrita probablemente en la segunda mitad del siglo XII). Ahora bien, a diferencia de estos dos textos, en los que en absoluto aflora el nombre de Carlomagno en relación con la misión de Zanelo, la fecha de la misma está adornada en el *De officio Ispane ecclesie* con una vaga e inexacta referencia al rey franco:

Era DCCCCLXV [...] Regnante Carolo Franchorum rege ac patricio Rome, et Ordonio rege in Legione ciuitate, Johannes papa romanam et apostolicam sedem tenebat, Sisenandus uero Iliensi sedi retinentis corpus beati Jacobi apostoli presidebat²².

Por más que la versión de la misión de Zanelo que aquí se ofrece corresponda claramente a una falsificación, es posible que se haga eco de algún hecho real, como sugirió Pierre David, cuya datación podría incluso corresponder a las fechas de los sincronismos dados en este paso, que lo situarían entre los años 914 y 920, en una fecha próxima entonces a la ofrecida por nuestra copia, que lo coloca en 927²³. Sin embargo, la inclusión de la referencia a Carlomagno resulta claramente extemporánea, y no tiene más función que la de situar la aprobación de Zanelo en una suerte de época dorada, plena de autoridad, que corroboraría así la ortodoxia del rito. La elección de la titulación de Carlomagno quizá tampoco sea totalmente azarosa, al explicitar su relación con Roma, y desde luego descarta la posibilidad de que se aluda en el texto a Carlos el Simple (893-922), cuyo reinado sí se acercaría en principio a la fecha aquí consignada. Tanto el desfase temporal como lo gratuito de la alusión a Carlomagno hacen que en este pasaje podamos ver entonces ya una huella de la utilización del

²² Escorial, d-I-1, fol. 395bisv; E. Flórez, *ob. cit.*, y T. Deswarte, *ob. cit.*, p. 568.

²³ P. David, *ob. cit.*, p. 113-114.

rey dentro de falsificaciones históricas con el fin de proyectar sobre ellas el aval y el esplendor de su memoria.

La no demasiado común titulación de Carlomagno en este texto permite además situar en este momento y en este contexto una copia de un fragmento de los *Chronica Albeldensia*, que comprende la sección goda de esta obra, transmitida por un manuscrito conservado en el sur de Francia, concretamente en el monasterio de Saint-Gilles (hoy perdido, pero del que poseemos dos copias), que termina con una mención al rey franco y que ha dado lugar a diversas interpretaciones²⁴. Ya Juan Gil había señalado la proximidad de tal texto con el que de los *Chronica Albeldensia* ofrece el *Codex Aemilianensis*, y la coincidencia que señalo aquí permite corroborar en otro sentido la conexión entre estos dos testimonios²⁵. Pues al término de la copia de Saint-Gilles puede leerse no solo una titulación similar, sino también una indicación cronológica claramente emparentada con la del manuscrito emilianense: «In era DCCLXV regnavit Carolus Francorum rex et patricius Rome»²⁶. De esta forma, en la segunda mitad del siglo XI puede documentarse en la Rioja, seguramente en San Millán de la Cogolla, no solo la utilización de Carlomagno para avalar esta falsificación sobre el rito hispánico, sino también una copia de la sección gótica de los *Chronica Albeldensia* que se cierra con la mención del rey franco. Ciertamente, dicha copia fue efectuada teniendo presente su destino, y revela los intereses históricos (y quizá las perspectivas) de una abadía del sur de Francia, que pretendería hacerse con textos sobre la historia goda (el manuscrito incluía también una copia de la *Historia Wambae*), pero muestra además unos

²⁴ Sobre este texto, me permito remitir a F. Bautista, «Breve historiografía: listas regias y anales en la Península Ibérica (siglos VII-XII)», *Talia Dixit*, 4 (2009), pp. 113-190 (en concreto, pp. 124-126), accesible en: <<http://www.unex.es/arengas/taliadixit4.htm>> (consultado el 7 de enero de 2011). La hipótesis allí avanzada se ve corroborada y precisada por lo que aquí señalo. Sobre el manuscrito de Saint-Gilles, véase René Poupardin, «Note sur un manuscrit perdu d'Eginhard et de Roricon utilisé par André Duchesne», *Annales du Midi*, 17 (1905), pp. 252-262.

²⁵ J. Gil, *Crónicas asturianas*, pp. 82-83 (véanse además sus comentarios en pp. 98-99).

²⁶ *Ibidem*, p. 171. La extraña fecha que aquí aparece, y que constituye un sinsentido, solo se explica en efecto en relación con el *De officio Ispane ecclesiae*, donde sí tiene más justificación.

contactos culturales en los que la circulación de obras historiográficas tenía también su protagonismo²⁷.

Estas referencias se vienen a sumar, en fin, al hecho de que un monje de San Millán llevara a cabo un resumen de la leyenda de Roncesvalles (probablemente a partir de un cantar de gesta) en un espacio en blanco de un folio de otro manuscrito emilianense copiado a fines del siglo X, resumen que puede fecharse también en torno a 1070-1080²⁸. Asimismo, los contactos sugeridos permiten contextualizar la presencia de algún dato historiográfico al frente de dicho resumen. En efecto, la «Nota» se abre con una indicación analística que sitúa cronológicamente el suceso que se narra a continuación («In era DCCCXVI venit Carlus rex ad Cesaraugusta»), y que se encuentra claramente emparentada con unos anales menores, como señaló Menéndez Pidal, similares a los *Annales Sancti Amandi*²⁹. Por otro lado, el texto de la «Nota» se sitúa justo antes de la copia de los *Chronica Albeldensia* que ofrece el manuscrito, junto a otro fragmento, quizá del mismo copista, que trata de la historia de Cantabria, y cuyos datos están extractados en su mayoría de los textos históricos que vienen a continuación³⁰. Y la parte analística, cuya formulación es obviamente local («venit»), quedó

²⁷ Tales contactos justifican a su vez quizá la presencia de esta titulación carolingia. Por otro lado, el interés de Saint-Gilles por la historia goda, y en particular por Wamba, hubo de estar propiciado por el hecho de que este rey estuviera relacionado con la fundación del monasterio (véase Gaston Paris y Alphonse Bos, eds., *La Vie de Saint Gilles par Guillaume de Berneville*, París, Firmin Didot, 1881, p. lii).

²⁸ Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Cód. 39, fol. 245r. Si no en todos sus extremos, me parece sustancialmente correcta la interpretación de la «Nota emilianense» propuesta por D. Alonso, *art. cit.* y por R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 353-410, por lo que me detendré en ella fundamentalmente al tratar de otros textos, en especial del testimonio que presento adelante, con el que guarda algunas interesantes sintonías. Para la bibliografía posterior en torno a la «Nota», véase la amplia información que ofrece Veronica Orazi, «La *Nota emilianensis* e l'evoluzione dell'epica ispanica», en *Latin Culture in the Eleventh Century: Proceedings of the Third International Conference on Medieval Latin Studies, Cambridge 9-12 1998*, eds. Michael W. Herren, C. J. McDonough y Ross G. Arthur, Turnhout, Brepols, 2002, II, pp. 200-239. Ténganse en cuenta también las juiciosas observaciones de A. Deyermond, *ob. cit.*, pp. 111-113 y D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 241-246.

²⁹ R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 362-363 y 482.

³⁰ Véase la descripción de D. Alonso, *art. cit.*, pp. 65-83, quien propuso igualmente que el copista de la «Nota emilianense» y el de la «Nota de Cantabria» serían el mismo (pp. 83-86). Un estudio de la segunda puede verse en Joaquín

consignada también contemporáneamente, de nuevo por el mismo copista, en el llamado Códice de Roda, integrada dentro de la copia que este manuscrito transmite de la *Chronica wisegothorum*, en un margen inferior, después del relato del reinado de Aurelio, es decir, en el lugar que le corresponde cronológicamente, de modo que pasaba a formar parte del relato histórico³¹. Ambas glosas se encuentran así en un contexto manuscrito de tipo historiográfico (lo que explica, por otro lado, la presencia de la datación de origen analístico también en la «Nota emilianense»), y evidencian el deseo de integrar a Carlomagno, y en particular la batalla de Roncesvalles, dentro de la historia hispánica, algo que se consuma poco después, aunque con otras referencias y otras perspectivas, en la *Historia Silense*.

En definitiva, si la figura de Carlomagno era asumida por los monjes de San Millán, en la segunda mitad del siglo XI, como una garantía de ortodoxia y cristiandad, como un nombre prestigioso bajo cuyo signo podría colocarse incluso una defensa de la liturgia hispánica, no ha de sorprender el interés que en el mismo monasterio se aprecia por integrar al rey dentro de la historia de España, lo que llevó a consignar un resumen del hecho que lo ligaba de forma prototípica con ella en los cantares de gesta, esto es, la batalla de Roncesvalles, avalado además por los textos analísticos, junto a los *Chronica Albeldensia*, resumen en el que no se adivina, como ocurre en algunas piezas posteriores, ninguna posición crítica respecto del personaje. Al igual que en otras crónicas medievales de esta época, el monje emilianense dio por buena la información transmitida por los juglares, y con ella completaba la mínima referencia de los anales de que disponía, que a su vez le

González Echegaray, «La ‘Nota de Cantabria’ del códice emilianense 39 y las citas medievales de Cantabria», *Altamira*, 40 (1976), pp. 61-94.

³¹ BRAH, Cód. 78, fol. 182r; véase, además de las páginas de Menéndez Pidal citadas, J. Gil, ed. cit., pp. 98 y 136. La identidad de la mano que copió ambas notas analísticas es defendida por Gonzalo Menéndez Pidal, «Sobre el escritorio emilianense en los siglos X a XI», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 143 (1958), pp. 7-19; y resulta más evidente en este caso que en el anterior. Por otro lado, la nota de este manuscrito contiene un error en la datación del hecho que impide pensar que sea la fuente directa de la «Nota emilianense». Asimismo, como señaló R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, p. 363, tal anotación marginal en el Códice de Roda diferencia con claridad la parte que remonta a una fuente analística del resto de la «Nota emilianense», indudablemente de origen tradicional.

garantizaban la historicidad del suceso³². Pero al mismo tiempo, como sucede en la mayor parte de los testimonios hispánicos posteriores, la documentación de esta leyenda se encuentra aquí estrechamente ligada a su horizonte historiográfico, hecho que no debe perderse de vista, y que dejando a un lado la centralidad de la leyenda de Roncesvalles dentro del discurso épico románico, puede haber determinado también en una medida difícil de aquilatar la documentación de las leyendas épicas carolingias en España.

3. Sobrarbe y Ribagorza

Al estudiar la historia de los condados de Pallars y Ribagorza, Ramon d'Abadal consiguió ordenar y clasificar la documentación al respecto, poblada de numerosas falsificaciones, y sentó las bases para el estudio de la vida y la leyenda de Bernardo de Ribagorza, al distinguir con rigor y claridad los datos históricos de aquellos otros que estaban entreverados de invenciones³³. La biografía de Bernardo, que figura en las fuentes diplomáticas ribagorzanas auténticas entre los años 916 y 950 (con cinco documentos), estaría marcada según ellas por su enlace con la condesa aragonesa Tota, hija de Galindo Aznárez, por su relación con los monasterios de Lavaix, Alaón y Obarra, a los que hace ciertas donaciones, y que parecen delimitar el centro de sus actuaciones, y por algún enfrentamiento con los musulmanes, a los que arrebató el pequeño valle de Soperún, según informa un documento del 950. Los condados de Pallars y Ribagorza se habían sustraído a la dominación franca en el último tercio del siglo IX, y fueron regidos por el conde Ramón, quien a su muerte, hacia el año 920, distribuyó su honor entre sus hijos, dejando Pallars a Isarn, y Ribagorza a Bernardo (conjuntamente con su hermano Miro, que parece haber quedado

³² Sobre el uso de informaciones juglarescas por los historiadores de comienzos del siglo XII, véanse los ejemplos recogidos por R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, p. 410.

³³ Véase R. d'Abadal, *Catalunya carolingia*, III: *Els comtats de Pallars i Ribagorça*, en especial, vol. II, pp. 147-153, y su trabajo «El comte Bernat de Ribagorça i la llegenda de Bernardo del Carpio», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, III, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952, pp. 463-487. Resume y desarrolla sus conclusiones Antonio Ubieto Arteta, «Poesía navarro-aragonesa primitiva», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, 8 (1967), pp. 9-44 (en concreto, pp. 36-39), así como en *Historia de Aragón: literatura medieval*, I, Zaragoza, Anubar, 1981, pp. 137-140.

supeditado a él). Bernardo fue así el primero que gobernó esta región ya desligada de Pallars, y a su muerte, que debió de ocurrir poco después del 950, le sucedió su hijo Ramón II, que hizo construir la iglesia catedral de Roda. Algunos de estos datos son corroborados por las *Genealogiae Rotenses*, que con su característica sequedad señalan su linaje, su enlace con la condesa Tota, y su descendencia³⁴.

Frente a la parquedad de estas fuentes, a fines del siglo XI, y en el contexto de la reorganización de algunos monasterios ribagorzanos, entre ellos Obarra y Alaón, ahora bajo el dominio del naciente reino de Aragón, se crearon algunas falsificaciones y memorias en las que emerge una figura un tanto distinta del conde Bernardo. El monasterio de Obarra quedó sometido, con seguridad entre 1085 y 1093, a San Victorián en calidad de priorato (junto a Taberna y Orema), y aunque Alaón conservó su independencia, el lamentable estado de este monasterio llevó al obispo de Roda, Ramón Dalmacio (1076-1094), a entregarlo en 1078 a un tal Bernardo, procedente de San Victorián. Por mandado del obispo y del nuevo abad, un monje llamado Domingo se encargó de ordenar los documentos de Alaón y de transcribirlos en un cartulario. Como sugirió Abadal, este individuo había de tener una relación con ambas casas (San Victorián y Obarra), además de estar familiarizado con sus archivos, y todo apunta a que se trataba de un monje archivero llegado de San Victorián, que habría sistematizado sus documentos³⁵. Uno de los textos que aquí nos interesa, conservado dentro del cartulario de Alaón, que consiste en un breve relato histórico y que llamaré *Memoria Alaonis*, habría sido entonces redactado por este

³⁴ «Uernardus accepit uxor domna Tota, Galindo Asnari filia, et genuit Regemondo, ac domno Galindo (lac.) seu domna Aba» (J. M^a. Lacarra, *art. cit.*, p. 246).

³⁵ R. d'Abadal, *Catalunya carolíngia*, III: *Els comtats de Pallars i Ribagorça*, vol. II, p. 19; el párrafo en que Domingo explica las circunstancias del cartulario, está también transcrito en José Luis Corral Lafuente, ed., *Cartulario de Alaón (Huesca)*, Zaragoza, Anubar, 1984, p. 6 (y véase doc. 268 para la entrega del monasterio a Bernardo en 1078). Sobre el papel de San Victorián en la integración de los cenobios ribagorzanos a la dominación aragonesa, véase Ángel J. Martín Duque, «Notas a propósito de una visita al monasterio de San Victorián de Sobrarbe», *Pirineos*, 11 (1955), pp. 305-315, y Antonio Durán Gudiol, «El Monasterio de San Victorián de Sobrarbe desde el siglo X al XIII», *Aragonia Sacra*, 6 (1991), pp. 7-54 (en concreto, pp. 19-21), y para Obarra, Á. J. Martín Duque, *Colección diplomática de Obarra (siglos XI-XIII)*, Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenaicos, CSIC, 1965 y Manuel Iglesias Costa, Obarra, Jaca, Instituto de Estudios Pirenaicos, CSIC, 1975.

Domingo, y el otro, la llamada carta de fundación de Obarra presenta una cierta sintonía con el anterior y quizá se deba efectivamente al mismo individuo, cuya actividad puede situarse en torno a 1080-1090³⁶. No parece casual, así, que al final de la *Memoria Alaonis* el monje se refiera a los otros archivos y que sus textos tengan un cierto aire de familia: «Hec omnia, si quis studiose invenire voluerit, legat cartas donationum Alaonis, Oarre, Taberne, Oreme, Sancti Victoriani».

El falso diploma de Obarra, que enumera las donaciones hechas por Bernardo al monasterio que acabaría de fundar, nos presenta al personaje como el conquistador de toda Ribargorza, en los tiempos en que esta región, con Pallars y Sobrarbe, habría estado en manos de los musulmanes, desplazándolo así cronológicamente de la primera mitad del siglo X a los tiempos de Carlomagno:

Sic facimus oblationem et cartam ad supradictum monasterium de allodes nostros quam ego prefatus Bernardus abstraxi de potestate tenebrarum et de gens paganorum et populavi eas de christianis in tempore illo [quo] Ripacurcia et Paliars et Superarbi erant in possessione paganorum. Et sunt ipsos allodes in Ripacurcia [...] Facta carta in mense Iulii regnante Carolo rege Franchorum Era DCCLXXXI³⁷.

Si bien es cierto que la presencia de Carlomagno se corresponde aquí con la forma de datación de buena parte de los documentos de Obarra en el siglo X (como en el resto de territorios de la antigua Marca Hispánica), que se servía del año de reinado de los reyes francos, señalando así su

³⁶ Este segundo documento fue editado por M. Serrano y Sanz, *Noticias y documentos históricos del condado de Ribagorza hasta la muerte de Sancho el Mayor (año 1035)*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1912, pp. 204-206, en una obra esencial también para nuestro tema, que debe leerse, con todo, a la luz de los trabajos de Abadal. Publicó la *Memoria Alaonis* Jayme Pasqual, *El antiguo obispado de Pallás*, Tremp, Pablo Gallifa, 1785, apéndice 21, a partir del original que se conservaba en el archivo de Roda y que parece haberse perdido, y de allí es reproducido por R. d'Abadal, *Catalunya carolíngia*, III: *Els comtats de Pallars i Ribagorça*, vol. II, p. 18, por donde cito (aunque he tenido a la vista también el texto de Pasqual). La edición de referencia ha de ser la de Stefano Maria Cingolani, ed., *Els annals de la família rivipullense i les genealogies de Pallars-Ribagorça*, en curso de publicación, que incluye una importante discusión del texto, y a cuyo autor agradezco que me haya comunicado su original antes de darlo a la imprenta.

³⁷ M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, pp. 204-206.

vinculación a ellos, la localización de la biografía de Bernardo en esta época y las dimensiones dadas a sus hechos son ya más sorprendentes³⁸. Pues las conquistas que se le atribuyen, que abarcarían desde la zona de Boltaña, en Sobrarbe, a las inmediaciones de Roda, en Ribagorza, son una ficción manifiesta, y el carácter fundacional que con ellas y con la cronología que aquí se ofrece adquiere el personaje nos sitúan ya en el terreno de la invención y la leyenda³⁹.

La *Memoria Alaonis* completa y redondea esta presentación no solo colocando a Bernardo en la época de Carlomagno, sino ligándolo directamente a él, de quien se dice que era pariente:

Bernardus comes fuit Ripacurcensis cum adhuc totam fere Hispaniam tenerent Mauri. Qui jussu Caroli regis magni, de cujus progenie esse ferebatur, ingressus in illam; cum Ato episcopus frater ejus expulisset Mauros de Paliarensis terra, ille expulit de Ripacurciense. Qui accipiens uxorem filiam Galindonis nomine Totam tenuit Superarbiam terram et populavit⁴⁰.

Encontramos aquí nuevamente a Bernardo vinculado no solo a Ribagorza, sino también a Pallars y a Sobrarbe, región esta última de la que se dice que fue repoblada por él⁴¹. La *Memoria*, integrada dentro del cartulario, como una suerte de resumen histórico que podría contextualizar la lectura de los documentos, sitúa así de forma

³⁸ Es posible que la fecha consignada en el documento corresponda al año (781) y no a la era, aunque no puede darse por seguro (ni por demasiado significativo), ya que los falsos de Obarra están llenos (por error textual o por mero descuido) de fechas completamente inverosímiles.

³⁹ Para la extensión de las conquistas que el diploma atribuye a Bernardo, véase M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, pp. 209-210. Otras falsificaciones de Obarra sitúan vagamente a Bernardo en el tiempo de un rey Carlos, sugiriendo o propiciando la misma mistificación (véase *Ibid*, pp. 236 y 257).

⁴⁰ R. d'Abadal, *Catalunya carolíngia*, III: *Els comtats de Pallars i Ribagorça*, vol. II, p. 18. He aquí la traducción de D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 247-248: «[Bernardo] fue conde de Ribagorza cuando los moros tenían casi toda España. Este, por mandado de Carlos el Magno, de cuya progenie se dice que descendía, entrando en ella, una vez que su hermano el obispo Ato hubo expulsado a los moros de la tierra pallarense, él los expulsó de la ribagorzana; habiendo tomado por mujer a la hija de Galindo llamada Tota, tuvo la tierra de Sobrarbe y la pobló».

⁴¹ A la tarea repobladora de Bernardo alude también el diploma de Obarra (M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, p. 205).

significativa a Bernardo como el principio de la historia de los condados de Sobrarbe y Ribagorza, pues con él se inicia el texto, otorgándole claramente una posición fundacional. Por último, la ubicación del personaje en el mundo carolingio es aquí ya completa, al señalarse su parentesco con Carlomagno.

A pesar de la rapidez de estas noticias y de que los textos ofrezcan un ajuste entre datos documentales y legendarios, que no debe perderse en ningún momento de vista, parece claro que estas referencias, algunas de las cuales se presentan como de origen tradicional («ferebatur»), y en las que Bernardo se proyecta como el héroe conquistador de estas regiones, ligado a Carlomagno, nos sitúan así en el terreno de la leyenda, inscrita en el espacio simbólico carolingio⁴². Es más, como se ha señalado en diversas ocasiones, resulta evidente que los rasgos de este Bernardo guardan una estrecha conexión con ciertos pasos de la leyenda épica de Bernardo del Carpio, documentada en las crónicas leonesas y castellanas del siglo XIII⁴³. De hecho, la *Estoria de España* (c. 1270), que recoge con algún detalle dicho relato, narra las vicisitudes de Bernardo en la corte carolingia, menciona que fue hijo de una hermana de Carlos, concretando así la vaga noticia que da la *Memoria Alaonis*, y asegura que el rey le entregó caballos y armas a su marcha de París, y que Bernardo entró por los «puertos de Aspa», pobló la «canal que dizen de Jaca» y conquistó «desde Aynssa fasta Beruegal, et Barbastro et Sobrarue et Montblaque»⁴⁴. El paralelismo y la sintonía entre el Bernardo que

⁴² La *Memoria Alaonis* conoció dos refundiciones, una en torno a 1100 (que podría llamarse *Memoria Alaonis II*) y otra, titulada *Memoria renovata*, en 1154, ambas editadas por R. d'Abadal, *Catalunya carolíngia*, III: *Els comtats de Pallars i Ribagorça*, vol. II, pp. 19-26. Sobre la última, que modifica en ciertos aspectos el relato sobre Bernardo, véase *ibidem*, p. 148 y art. cit., pp. 477-481. Es posible que dos de las novedades que ahí se recogen (la de llevar las conquistas de Bernardo hasta Calasanz, en Sobrarbe, y presentarlo ayudado de los francos) tengan también origen tradicional (como propone Abadal, *art. cit.*, p. 479; véase además D. Catalán, *ob. cit.*, p. 248), aunque ello no puede darse por seguro, pues podrían ser también fácilmente detalles deducidos o añadidos por el autor de esta refundición. Ambos textos son editados nuevamente por S. M. Cingolani, *ob. cit.*, con un amplio tratamiento de los mismos.

⁴³ Para la historia crítica de este punto, véase R. d'Abadal, *art. cit.*, p. 486, n. 1; es asunto tratado ya con cierta amplitud por M. Serrano y Sanz, *ob. cit.*, pp. 281-293.

⁴⁴ R. Menéndez Pidal, ed., *Primera crónica general de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, Madrid, Seminario Menéndez Pidal y Gredos, 1955, II, pp. 375-376, donde restituyo la

aparece en las falsificaciones de Obarra y Alaón y el de la narración de la *Estoria de España*, y el carácter fundacional del relato en todos estos textos, con la conquista e independencia de los territorios pirenaicos, no parecen dejar dudas sobre su relación, que solo puede ser explicada, a mi juicio, por la continuidad de una tradición legendaria nacida en el Pirineo y transplantada más tarde probablemente a la extremadura leonesa, donde daría origen a la gesta de Bernardo del Carpio⁴⁵.

La recepción de la épica carolingia en la zona pirenaica tiene poco de sorprendente, y se encuentra avalada por la documentación onomástica,

lectura «Sobrarue». Aunque el texto publicado por Menéndez Pidal corresponde aquí a la *Versión amplificada*, no presenta importantes variaciones frente al original, la *Versión primitiva*. Compárese con el texto de la *Versión crítica*, casi idéntico, pero que remarca la procedencia épica de todo el pasaje: Inés Fernández-Ordóñez, ed., «*Versión crítica*» de la «*Estoria de España*», Madrid, Seminario Menéndez Pidal y Universidad Autónoma de Madrid, 1993, pp. 530-531. El itinerario de Bernardo recogido en la *Estoria de España* parece remitir también a algunas menciones de la gesta rolandiana (véase O. Schultz-Gora, «*Li port d'Aspre im Roland*», *Zeitschrift für romanische Philologie*, 51 (1931), pp. 721-724), por lo que teniendo en cuenta la inspiración carolingia de la leyenda de Bernardo lo más probable es que figurara ya en el primitivo relato. Además, el puerto de Aspa (o el Somport; a veces denominado en la documentación latina «*Summo Portu Aspe*»), había sido utilizado por los francos en 1064 en la expedición de Barbastro, como aclara C. Laliena Corbera, «Guerra santa y conquista feudal en el Noroeste de la Península a mediados del siglo XI: Barbastro, 1064», en *Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la guerra, la frontera y la convivencia. XI Congreso de Estudios Medievales 2007*, [Ávila]: Fundación Sánchez Albornoz, 2009, pp. 187-218 (p. 212). Véase, por otro lado, la reconstrucción poética del pasaje de la *Estoria de España* que propone A. Ubieto Arteta, «Poesía navarro-aragonesa», cit., p. 38.

⁴⁵R. d'Abadal, *art. cit.*, pp. 481-483 y D. Catalán, *ob. cit.*, p. 248. La geografía de la leyenda de Bernardo del Carpio se centra en la zona de Salamanca, al sur del reino leonés. S. M. Cingolani, *ob. cit.*, rechaza la idea de que los textos de Obarra y Alaón remitan a una tradición legendaria, aunque deja de lado la conexión con el relato sobre Bernardo del Carpio, solo explicable, según creo, por transmisión tradicional, y que induce ciertamente a pensar que el origen del desarrollo de esta última, quizá de fines del siglo XII, basado al menos en parte en una figura de Bernardo similar a la que aparece en nuestros documentos, era ya una leyenda épica (a lo que apunta también su inscripción en el universo simbólico carolingio). Cingolani alinea estos falsos con ciertas invenciones clericales catalanas del siglo XII (por ejemplo, las de Eixalada-Cuixà), en las que no hay recurso a la épica, pero no debe olvidarse que numerosas leyendas monásticas del sur de Francia, estudiadas últimamente por Amy G. Remensnyder, *Remembering Kings Past: Monastic Foundation Legends in Medieval Southern France*, Ithaca, Cornell University Press, 1995, sí remiten a menudo a este tipo de discurso.

que presenta con cierta frecuencia por las mismas fechas nombres relacionados con los cantares de gesta⁴⁶. Tanto la vinculación de los territorios pirenaicos con el espacio cultural occitano como la llegada de guerreros francos a la región con empresas como la expedición de Barbastro (1064) hubieron de propiciar la difusión de las leyendas heroicas carolingias en esta zona, que debían de estar entonces en pleno estado de formación. Pero lo singular en el caso de Bernardo es que no nos encontramos ya solamente ante un ejemplo de la expansión de los temas carolingios, sino ante un desarrollo original, que toma como protagonista a un individuo de la región y lo convierte en el liberador de estos territorios, que tendrían así una condición independiente⁴⁷. Si los dos documentos de Obarra y Alaón han de situarse en torno a 1080-1090, la creación del Bernardo legendario podría localizarse poco antes de esas fechas, en un contexto por tanto cercano también al de la «Nota emilianense».

Aunque es tarea poco menos que imposible tratar de reconstruir, a partir de las falsificaciones de Obarra y Alaón y de la integración de la gesta de Bernardo del Carpio en la *Estoria de España*, el núcleo narrativo de la primitiva leyenda de Bernardo, puede situarse

⁴⁶ Aspecto destacado ya por D. Alonso, *art. cit.*, pp. 41-42, n. 5. Véanse también los comentarios y bibliografía ofrecidos en D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 246-247, aunque convendría revisar nuevamente la documentación (teniendo en cuenta, por ejemplo, las observaciones de Italo Siciliano, *Les Chansons de geste et l'épopée: mythes, histoire, poèmes*, Turín, Università, 1968, pp. 35-46, y abajo, nota 72). Por su conexión con Aragón, recordaré que en Bigorra, en la consagración de la iglesia de Saint-Pé-de-Bigorre (1096), figuran dos hermanos con los nombres de «Olivarius» y «Rollandus» (R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, p. 331). Vale la pena mencionar además que en la zona de Jaca está documentada la presencia de un juglar llamado Elka, que interviene como testigo en un acta judicial fechable entre 1070 y 1080, véase *ibidem*, p. 358 y su *Poesía juglaresca y juglares: orígenes de las literaturas románicas*, prólogo de Rafael Lapesa, Madrid, Espasa-Calpe, 1991 (1ª ed., 1942), pp. 146-147. Para este y otros juglares en Aragón en los siglos XI y XII, véase además la excelente información de A. Ubieto Arteta, «Poesía navarro-aragonesa», *cit.*, pp. 11-15, de donde tomo la fecha del documento en que figura «Elka iocularis».

⁴⁷ La invención de la leyenda de Bernardo se inspiraba quizás, como propuso Abadal, *art. cit.*, p. 470, en su conquista histórica del valle de Soperún, en el corazón de Ribagorza, y es posible que influyera el hecho de ser el primer conde de Ribagorza después de su separación de Pallars, pero dada la pobreza de nuestro conocimiento de la biografía histórica de Bernardo no cabe descartar que haya también otros motivos que ignoramos o que el hipotético sustrato histórico sea más difuso de lo que pensaba Abadal.

directamente en la órbita de la épica francesa, compartiendo con ella la misma edad heroica, y con gran probabilidad algunos de sus registros y episodios⁴⁸. Por otro lado, pese a que los documentos se refieren sobre todo a sus conquistas en Ribagorza, quizá impulsados por el enclave ribagorzano de los monasterios de los que surgen y tal vez por las referencias históricas que de él se tenían, Diego Catalán ha planteado la sugerente hipótesis de que el origen de esta gesta podría localizarse en la zona Sobrarbe⁴⁹. Pues es significativo, en efecto, que los documentos falsos de Alaón y Obarra señalen, contra la documentación auténtica allí conservada y sin que ello tenga que ver directamente con la región en que se encuentran ambos monasterios, la población de Sobrarbe por el héroe, y que la *Estoria de España* recoja una información análoga, sin correcciones historiográficas, y solo cite entre su descendencia a su hijo «Galin Galindez», que lleva el patronímico de la familia condal aragonesa, lo que parece marcar un énfasis en los rasgos aragoneses del personaje, quizá presentándolo también como un hito inaugural desde una perspectiva familiar⁵⁰.

⁴⁸ Teniendo en cuenta la caracterización de Bernardo que figura en la *Estoria de España*, en la que se recogen sus conflictos no solo en la corte del rey Alfonso, sino también en la de Carlomagno, cabe suponer que la fisonomía del héroe cercana a la de los vasallos rebeldes estuviera ya en la fuente del cantar leonés y por tanto en el Bernardo pirenaico, aunque obviamente no puede darse por seguro. Espero tratar con más detalle de esta leyenda en otro momento.

⁴⁹ D. Catalán, *ob. cit.*, p. 249.

⁵⁰ «Despues desto caso Bernaldo con una duenna que auie nombre donna Galinda, fija del conde Alardos de Latre et ouo en ella un fijo que dixieron Galin Galindez, que fue despues muy esforçado cauallero» (R. Menéndez Pidal, *ed. cit.*, p. 376). Bernardo tuvo en efecto, como prueban las *Genealogiae Rotenses*, un hijo de nombre Galindo (J. M^a. Lacarra, *art. cit.*, p. 246), pero su primogénito es Ramón, que le sucedió en Ribagorza, y tuvo también una hija llamada Ava, que casó con el conde de Castilla Garcí Fernández, por lo que es notable que la *Estoria de España*, que aquí se basa indudablemente en el cantar de gesta («dizen en los cantares»), solo mencione a este «Galin Galindez». Me parece cuestionable, por otro lado, la opinión de Abadal, *art. cit.*, p. 480 de que la leyenda habría sido invención de los monjes de Obarra, opinión que se inspira implícitamente en las teorías de Bédier. En efecto, nada justificaría pensar que los monjes de Obarra hubieran creado un relato que solo se documenta en falsificaciones no gestadas por ellos y que presentan diversas correcciones frente a esa misma invención. Y ello al margen de que la recepción de la leyenda en la extremadura leonesa, en un relato que nada tiene que ver con intereses monásticos, tampoco avala dicha suposición. D. Catalán, *ob. cit.*, p. 248 piensa en cambio en la «juglaría carolingia», ligada a los «colonos francos», aunque tal

Por otro lado, si se tiene en cuenta que el falsificador de los documentos de Obarra y Alaón procedía muy probablemente de San Victorián, como ya señaló Abadal, no sorprenderá que se hubiera valido de una leyenda que sería bien conocida en su región de origen, y que seguramente circularía también en el territorio vecino de Ribagorza. Es más, teniendo en cuenta que estas falsificaciones documentales se insertan en el contexto de la integración de los monasterios ribagorzanos a la órbita aragonesa, mediante su subordinación a San Victorián, es posible que ello haya favorecido la utilización de la dimensión legendaria de Bernardo, en tanto que héroe estrechamente ligado a la zona de Sobrarbe, pero también vinculado, como dejaban ver con claridad los diplomas auténticos, a Ribagorza, de la que había sido el primer conde una vez desligado ya este territorio de Pallars⁵¹.

En suma, los documentos de Obarra y Alaón, fechables hacia 1080-1090, constituyen una muestra no solo, en principio, de la difusión de la memoria legendaria de Carlomagno, sino además de un desarrollo legendario autóctono (probablemente ya en forma de cantar de gesta), centrado en Bernardo, a quien se sitúa en época de Carlomagno, como ligado a su familia, y a quien se considera, contrariamente a la historia, como el conquistador y repoblador no solo de Ribagorza sino también de Sobrarbe. Si se tiene en cuenta la localización de la leyenda y su interés por la dimensión aragonesa del héroe, al aludirse en la *Estoria de España* (en la que no puede suponerse ninguna motivación al respecto y que se basa para ello explícitamente en un cantar de gesta) a su hijo Galín Galíndez, cabe deducir que su origen se haya producido bajo influencia aragonesa, e incluso conjeturar que el relato, hubiera sido creado por un juglar que trabajaba en esta zona, en Sobrarbe, quizá al servicio de alguna familia aristocrática⁵². Al margen de ello, la cronología de la leyenda de

hipótesis tampoco parece compatible con el hecho de que el héroe sea un individuo hispánico, por más que se lo ligue a Carlomagno. No hay datos, por otro lado, que permitan aventurar cuál sería la lengua de ese relato.

⁵¹ El interés en todos los falsos de Obarra por marcar el vínculo entre Bernardo y la familia condal aragonesa se evidencia en el hecho de que se indique siempre su enlace con doña Tota «filia Galindonis», algo que contrasta con los diplomas originales, donde ello no se señala, como ha destacado S. M. Cingolani, *ob. cit.*, y muestra el deseo ahí de unir la memoria de Ribagorza a Aragón.

⁵² De forma puramente hipotética, ya que carecemos de pistas al respecto, puede señalarse un individuo como Galindo Galíndez, asentado en la zona de Sobrarbe, teniente de Alquézar entre 1067 y 1081. O el ayo de Sancho Ramírez, el conde

Bernardo es un dato que conviene resaltar, y que obliga a colocarla en los comienzos de la historia de la épica en España, que ningún otro testimonio permite retrotraer a fechas anteriores ni identificar con otros temas o con otras regiones, sugiriendo así no solo, como se ha señalado en diversas ocasiones, que el modelo carolingio está en sus orígenes, sino también que la primera creación es de estirpe carolingia y que esta se llevó a cabo en la zona pirenaica⁵³. Por fin, que la herencia literaria de este relato se haya recogido, no en Aragón o Cataluña, sino en un ámbito bastante alejado, en la extremadura leonesa, no es solo uno de los misterios de este relato, sino que sugiere que la frontera leonesa y castellana con Al-Andalus se convirtió en el espacio cultural propicio para el desarrollo y la revitalización de esta leyenda, dando lugar al cantar de Bernardo del Carpio⁵⁴.

4. León y Oviedo

Si la gesta rolandiana fue resumida por un monje de la Rioja hacia 1070-1080 y se refleja por esos mismos años en una leyenda fundacional,

Sancho Galíndez, muerto poco después de 1082, que ordenó la construcción de la iglesia de Iguácel e intervino en la de San Juan de la Peña, con un importante papel en los comienzos del reino de Aragón («tal vez el noble más poderoso del siglo XI», en palabras de Carlos Laliena Corbera, *La formación del Estado feudal. Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996, p. 254). O incluso el conde Sancho Ramírez, hermano bastardo del rey Sancho Ramírez, que tuvo un protagonismo central en Aragón en la segunda mitad del siglo XII. Sobre todos ellos, además de la obra citada, véase la información reunida por Agustín Ubieto Arteta, *Los «tenentes» en Aragón y Navarra en los siglos XI y XII*, Valencia, Anubar, 1973, y para dos últimos, por ejemplo, Ana Isabel Lapeña Paúl, *Sancho Ramírez, rey de Aragón (¿1064?-1094) y rey de Navarra (1076-1094)*, Gijón, Trea, 2004, pp. 23-26 y 46-48, respectivamente. Por fin, para el ambiente político y cultural de la frontera aragonesa, puede verse C. Laliena Corbera, «Guerra santa y conquista feudal», *cit.*

⁵³ La importancia del modelo carolingio para la épica hispánica fue destacada, aunque con unos rasgos muy distintos de los aquí implicados, por Colin Smith, *La creación del «Poema de mio Cid»*, Barcelona, Crítica, 1985, si bien es algo reconocido generalmente por la crítica.

⁵⁴ Para la idea de la épica de frontera, véase Alberto Montaner, «Introducción a la épica de frontera (tradiciones románica, bizantino-eslava e islámica)», en *Ressons èpics en les literatures i el folklore hispànic = El eco de la épica en las literaturas y el folclore hispánico*, eds. Pedro Bádenas y Eusebi Ayensa, Atenas, Acrinet; Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 2004, pp. 9-39.

situada en las zonas pirenaicas de Sobrarbe y Ribagorza, quizá ya en forma de poema épico, los ecos de los cantares de gesta franceses en la península no quedaron circunscritos únicamente a territorios cercanos al espacio cultural occitano o en los que se había producido una importante colonización franca. Y a la par que esos relatos se difundieron también en España textos historiográficos sobre Carlomagno, que ilustraban desde otro ángulo su vida y sus hazañas, satisfaciendo una curiosidad alimentada por el cada vez más extendido prestigio del rey franco y por el hecho de que su reinado se hubiera visto convertido en una deslumbrante edad heroica. La «Nota emilianense» refleja tímidamente el conocimiento de unos anales menores carolingios, al tiempo que el propio texto se inserta ya en una continuidad material con otras piezas historiográficas hispánicas, y unas décadas después el autor de la llamada *Historia Silense*, escrita en León probablemente hacia 1118, conoce y aprovecha con intensidad la *Vita Karoli* de Eginhardo, que le sirve como modelo literario, y al referir la derrota de Carlomagno y los suyos en los Pirineos se vale no solo de esta obra sino también de los *Annales regni Francorum* atribuidos al mismo autor, combinando cuidadosamente ambos textos⁵⁵.

Aunque a menudo se olvida, y al margen de los manuscritos emilianenses ya vistos, que el autor de la *Historia Silense* no conocía, conviene resaltar que esta obra histórica es la primera en incluir a Carlomagno dentro de la estructura de las crónicas generales hispánicas, de donde pasará, directa o indirectamente, a todos los ejemplares posteriores de esta tradición, primero en la *Chronica Naierensis* y luego en el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy y en la *Historia de rebus Hispaniae* de Rodrigo Jiménez de Rada, y a partir de estos últimos en la *Estoria de España* de Alfonso X. Aunque solo fuera por ello, nuestra obra merece un puesto destacado en el recorrido sobre la memoria de Carlomagno en España, ya que refleja (por reacción) el papel preponderante que en algunos ámbitos se concedería a Carlos en la lucha contra los musulmanes al sur de los Pirineos y su respuesta tuvo

⁵⁵ Sobre esta obra, véase M. Gómez-Moreno, *Introducción a la «Historia silense»*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1921, pp. v-xlvi, y Juan Gil, «La historiografía», en *Historia de España Menéndez Pidal*, dir. J. M^a. Jover Zamora, XI: *La cultura del románico (siglos XI al XIII): Letras, religiosidad, artes, ciencia y vida*, coord. Francisco López Estrada, Madrid, Espasa Calpe, 1995, pp. 2-112 (en concreto pp. 10-14 y 23-24), con bibliografía.

una fuerte influencia en la percepción historiográfica del personaje. El autor incluye un breve resumen de la derrota del ejército carolingio tras levantar el cerco de Zaragoza con un vago criterio cronológico, al insertarlo después de narrar la invasión musulmana de la península, y lo hace para resaltar que la nueva conquista de los territorios a los musulmanes había sido siempre responsabilidad de los cristianos de la península, y no de gentes forasteras, ni siquiera de Carlomagno, a propósito de quien los francos aseguran falsamente lo contrario («Franci falso asserunt»)⁵⁶. El texto tiene un fuerte tono antifrancés, por el que se llega a afirmar que los francos se vendieron por dinero, como era su costumbre («more Francorum auro corruptus»), y que Carlomagno estaba más ansioso por bañarse en sus termas de Aquisgrán que por esforzarse en la dura batalla, por lo que en definitiva nunca pudo vengar su derrota.

Mientras que el resumen de la «Nota emilianense» no deja ver ningún atisbo antifrancés, nos encontramos aquí con una situación muy distinta, cuyo alcance (local, cultural o político) resulta difícil de interpretar, y en todo caso señala un cambio de actitud, corroborado por el texto que veremos a continuación, que no deja de ser llamativo. Tanta animosidad, así como la misma inclusión de este hecho en la historia, han llevado a pensar que el cronista escribía espoleado a un tiempo por las historias francas de que se vale y por la difusión de ciertos cantares de gesta franceses, entre ellos un cantar de Roldán, en los que se afirmaba que Carlos habría conquistado casi toda España. Y ello parece avalado por algunos de los detalles del texto que no figuran en sus fuentes historiográficas, ni en la *Vita Karoli* ni en los anales regios atribuidos a Eginhardo, como la mención del oro entregado a Carlomagno o de los baños de Aquisgrán, que por el contrario sí están en sintonía con algunos pasajes de la *Chanson de Roland*⁵⁷. Puede decirse además que

⁵⁶ F. Santos Coco, ed. cit., pp. 16-17. Para la derivación concreta de cada pasaje, véase M. Gómez-Moreno, *ob. cit.*, pp. xi-xiii; los que cito a continuación no se encuentran en las fuentes.

⁵⁷ Véase el minucioso examen de R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 138-148, aunque considero imposible (y quizá ocioso) plantearse a partir del oblicuo y escueto relato cronístico, por ejemplo, si la gesta conocida era igual a la *Chanson de Roland* de Oxford o si carecía o no del episodio de Baligant. Por lo demás, es muy probable que el autor reaccionara también frente a otras tradiciones épicas sobre las conquistas de Carlos en España (véase abajo, apartado 5). Jules Horrent, «Chroniques espagnoles et chansons de geste, III: Nouvelles remarques sur

la probable ascendencia épica de algunos de estos detalles, así como la idea de que el espacio concedido a Carlomagno por el autor de la *Historia Silense* venía impulsado por la difusión de las gestas francesas, adquieren mayor solidez ahora a la vista de un nuevo testimonio, fechable en la misma época y procedente de un centro cultural cercano a León.

De nuevo nos encontramos en este caso con una mezcla de historiografía e informaciones de tipo tradicional. Se trata de la copia del *Liber historiae Francorum*, obra compuesta a principios del siglo VIII, incluida en una compilación histórica debida a don Pelayo, obispo de Oviedo entre los años 1101-1130 y 1142-1143, quien desarrolló a lo largo de su vida un continuado empeño intelectual por defender y justificar los intereses de su sede, reescribiendo o creando para ello numerosos textos historiográficos y documentales⁵⁸. En la copia del *Liber historiae Francorum* incluida en su miscelánea hallamos una serie de pequeñas interpolaciones en las que se trata de Carlomagno y que ofrecen datos de interés para el tema que nos ocupa. Las variantes se deben a un mismo impulso, es decir, todas se introdujeron en el mismo momento, ya que su inclusión se basa en la errónea identificación entre Carlos Martel y Carlomagno, de quien en absoluto se habla en el texto original del *Liber historiae Francorum*. Y que fueron introducidas en España no solo se evidencia en el hecho de que únicamente se conserven en manuscritos hispánicos, sino que lo prueba también el interés que en ellas se muestra por las relaciones del rey franco con la península o por la presencia de una indicación cronológica datada por la era hispana. Finalmente, puede concluirse que las variaciones fueron efectuadas en

l'Historia Silense», *Le Moyen Âge*, 62 (1956), pp. 279-299, y Jacques Horrent, «*L'Historia Silense* ou *Seminense*», *Marche Romane*, 23 (1973-1974), pp. 135-150 definiendo que el pasaje no tendría relación con la gesta, aunque su argumentación no me parece convincente (en todo caso, en ambos trabajos puede verse cita de la gran cantidad de comentarios suscitada por este fragmento). Véase también D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 239-241.

⁵⁸ La mejor presentación de la obra de Pelayo se debe aún a Lucien Barrau-Dihigo, «Remarques sur la chronique dite d'Alphonse III», *Revue Hispanique*, 46 (1919), págs. 323-381 (en concreto, pp. 364-381); para su biografía, véase la excelente síntesis ofrecida en Simon Barton y Richard Fletcher, trad., *The World of El Cid: Chronicles of the Spanish Reconquest*, Manchester, University Press, 2000, pp. 65-74. Más bibliografía y discusión del asunto en la edición completa del texto que aquí presento (véase la nota siguiente).

la oficina pelagiana, ya que guardan ciertas conexiones con otras piezas de su corpus historiográfico⁵⁹.

La presencia de las interpolaciones carolingias en el texto del *Liber historiae Francorum* transmitido por el corpus pelagiano no resulta estridente si se tiene en cuenta que don Pelayo colocó la invención del llamado «Concilio de Oviedo» bajo el aval de Carlomagno, o que consignó, frente a la tradición cronística anterior, que Alfonso II habría tenido una esposa y que ésta habría sido de linaje regio francés⁶⁰. Tales invenciones están en sintonía con los usos de Carlomagno en falsificaciones como la del documento sobre la liturgia hispana, ya vista, o con tradiciones como las que rodean al culto jacobeo, que desde comienzos del siglo XII colocan la *inventio* de los restos del apóstol en la época del rey franco⁶¹. Y muestran nuevamente cómo el registro de

⁵⁹ La copia pelagiana del *Liber historiae Francorum* se conserva en tres manuscritos: BNE 1513 (de comienzos del siglo XIII); BNE 1346, copia del anterior (de la segunda mitad del siglo XVI) y Biblioteca Universitaria de Salamanca, ms. 1975 (fines del siglo XVI), que es independiente de los precedentes. Bruno Krusch, ed., *Liber historiae Francorum*, en su *Fredegarii et aliorum chronica. Vitae Sanctorum*, Hannover, Hahn (Monumenta Germaniae Historica: Scriptorum rerum Merovingicarum, 2), 1888, pp. 215-328, recogió algunas de las interpolaciones pelagianas, pero solo a partir de los manuscritos quinientistas (BNE 1346, con cita de BUS 1975) y sin contextualizarlas, lo que dificultaba sobremanera su valoración y parece haber tenido como consecuencia el que nadie, hasta donde sé, haya reparado en ellas. Me topé con estas notas en el ms. BNE 1513 en el marco de un rastreo de la presencia de la historiografía francesa en las crónicas y manuscritos cronísticos de la España del siglo XII. En otro trabajo en preparación, titulado *Pelayo de Oviedo y Carlomagno*, ofrezco una argumentación más detallada sobre la cronología de estas interpolaciones, sobre su relación con otras piezas de don Pelayo y el texto completo del final del *Liber*, de donde tomo mis citas. Ofrezco aquí una presentación rápida, que pretende únicamente dar una idea del texto.

⁶⁰ Jan Prelog, ed., *Die Chronik Alfons' III: Untersuchung und kritische Edition der vier Redaktionen*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1980, p. 96. Sobre el «Concilio de Oviedo» trato en mi estudio en preparación; véase, en todo caso, L. Barrau-Dihigo, «Recherches sur l'histoire du royaume asturien», *Revue Hispanique*, 52 (1921), pp. 1-360 (en concreto, pp. 91-106).

⁶¹ El primer texto en este sentido es un privilegio de Diego Gelmírez fechado el 16 de abril de 1115, y luego la *Historia Compostellana*, I.ii.1 (compuesta en un arco temporal que va, aproximadamente, de 1110 a 1139); véase B. Sholod, *ob. cit.*, pp. 128-129, Fernando López Alsina, *La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela, Ayuntamiento, 1988, p. 110, así como «La prerrogativa de Santiago en España según el Pseudo-Turpin:

alusiones a la épica carolingia se enmarca en ocasiones en contextos en los que se da una cierta acogida a la potencialidad legitimadora del personaje. La producción pelagiana se extiende desde comienzos del siglo XII hasta 1142, y no hay datos definitivos que permitan colocar estas interpolaciones en una fecha concreta, aunque es posible que el *Liber historiae Francorum* fuera conocido en Oviedo (e interpolado) ya hacia 1109, y que el texto que ha llegado hasta nosotros se deba a una revisión posterior, en torno a 1122. En todo caso, la fecha más tardía debe ser la de 1142, año en que está datada la miscelánea que transmite el texto.

Aunque la confusión entre Carlos Martel y Carlomagno podría parecer un tanto banal, fruto del mero desconocimiento de la historia franca, resulta claro que algo en el texto, al margen de la mayor fama del segundo, hubo de conducir a Pelayo de Oviedo a identificar a estos dos personajes. El *Liber historiae Francorum* se cierra recogiendo el ascenso de los carolingios bajo los últimos reyes de la dinastía merovingia, y en concreto los párrafos finales están destinados a narrar las guerras entre Carlos Martel y sus adversarios Chilperico II (715-721) y Ragenfredo, a los que vence en las batallas de Amblève (716) y Vincy (717), haciéndose con el poder. Como es sabido, tal es la materia sobre la que versa una de las tradiciones legendarias en torno a la juventud de Carlomagno, que traslada a este personaje el conflicto histórico vivido por su abuelo. Como demostró Joseph Bédier, el origen de esta tradición es erudito y puede localizarse en la *Passio Agilolfi*, compuesta hacia los años 1060-1062, en donde sobre la base de los textos historiográficos anteriores se atribuye a Carlomagno el enfrentamiento con Chilperico y

¿tradiciones compostelanas o tradiciones carolingias?» en *El Pseudo-Turpín: lazo entre el culto Jacobeo y el culto de Carlomagno: Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Jacobeos*, ed. Klaus Herbers, [Santiago de Compostela], Xunta de Galicia, 2003, pp. 113-129. Dado que esta tradición no fue demasiado explotada por Diego Gelmírez o su entorno y dado que es anterior al Pseudo-Turpín (c. 1130-1140), es probable que la asociación de Carlomagno al culto jacobeo se produjera por primera vez en los cantares de gesta, favorecida por la continuidad del género con las rutas de peregrinaje. La alusión de la *Historia Compostellana* parece, en este sentido, particularmente significativa, al situarla expresamente en la tradición oral: «Hoc autem sub tempore Karoli Magni factum fuisse multis referentibus audivimus», ed. Emma Falque, Turnhout: Brepols (Corpus Christianorum: Continuatio Mediaevalis, 70), 1990, p. 9. Véase también, abajo, el apartado 5.

Ragenfredo⁶². Pronto esta tradición debió de pasar a los cantares de gesta, pues de ella tenemos reflejos en diversos textos europeos de tradición épica (la primera rama de la *Karlamagnús saga*, de la primera mitad del siglo XIII, el poema neerlandés *Karel ende Elegast*, de fines del XII, y el poema alemán *Karl und Elegast*, del siglo XIV, estos dos últimos descendientes de una fuente común) y se unió a otras tradiciones sobre las *enfances* de Carlos ya a mediados del siglo XII, como muestran los fragmentos del *Mainet* editados por Gaston Paris⁶³. Teniendo en cuenta que don Pelayo no conoció la *Passio Agilolfi*, la transferencia de los conflictos de Carlos Martel narrados en el *Liber historiae Francorum* a Carlomagno, de acuerdo con la tradición legendaria, apunta a que este tema se había difundido con cierta amplitud ya a comienzos del siglo XII y que era conocido en el norte de España, seguramente merced a los contactos propiciados por la peregrinación a Santiago.

En este sentido, es posible que uno de los detalles interpolados en el texto, que en principio no parece tampoco demasiado significativo, tenga su origen en esta tradición. Poco después de leer la muerte de Pipino (Pipino de Heristal, confundido en el texto también con Pipino el Breve), se incluye la siguiente glosa: «Triginta .V^o. annorum erat Karolus quando principare cepisset post mortem fratrum suorum». Una información similar se recoge, en efecto, en la primera rama de la *Karlamagnús saga*, que asegura que Carlos tenía treinta y dos años a la muerte de su padre⁶⁴. No parece, en cambio, que la referencia a los hermanos en la glosa pelagiana se relacione necesariamente con la tradición épica según la cual los adversarios del héroe figurarían ya como sus hermanos, merced a la integración en el relato de la leyenda de Berta *aus grans piés*, puesto que simplemente podría remitir a la muerte de sus dos medio hermanos, Drogo y Grimoaldo, hijos de Plectruda y Pipino, que el propio texto del *Liber historiae Francorum* refiere poco

⁶² J. Bédier, *ob. cit.*, III, pp. 3-38, y M. de Riquer, *ob. cit.*, pp. 219-221; para la fecha de la *Passio Agilolfi*, véase Jacques Stiennon, «Le rôle d'Annon de Cologne et de Godefroid le Barbu dans la rédaction de la *Passio Agilolfi* (1060-1062)», *Le Moyen Âge*, 65 (1959), pp. 225-244.

⁶³ G. Paris, «*Mainet*», *Romania*, 4 (1875), pp. 304-337. Sobre la gestación de las mocedades de Carlos, me permito remitir a F. Bautista, «La tradición épica de las *Enfances* de Carlomagno y el *Cantar de Mainete* perdido», *Romance Philology*, 56 (2002-2003), pp. 217-244.

⁶⁴ Daniel W. Lacroix, trad., *La Saga de Charlemagne: traduction française des dix branches de la «Karlamagnús saga» norroise*, París, Le Livre de Poche, 2000, p. 61.

antes⁶⁵. Más allá de estas precisiones, el texto pelagiano documenta entonces la difusión en el norte de España de una leyenda épica de cuya presencia al sur de los Pirineos no se tenían hasta ahora noticias.

A continuación, el texto ofrece una breve nómina de los guerreros de Carlos («patricios potentissimos») y una rápida alusión a la entrada del rey en España, en la que se discuten sus conquistas, en una glosa que enlaza con el pasaje de la *Historia Silense* ya visto. Ambos fragmentos testimonian nuevamente la difusión de la gesta carolingia, de forma clara, como veremos, en el caso de la alusión a los héroes francos, pero también en el pasaje sobre la entrada de Carlos en España, ya que nada en estas interpolaciones delata el conocimiento de textos históricos al respecto, y tampoco hay ninguna relación con la *Historia Karoli Magni et Rotholani* del Pseudo-Turpín, escrita hacia 1130-1140, obra esta que, por ejemplo, no recoge ninguna referencia a los enfrentamientos de Carlos con Ragenfredo y Chilperico⁶⁶. Pelayo de Oviedo, en medio de las guerras entre Carlos (para él, Carlomagno) y sus enemigos narradas por el *Liber historiae Francorum*, incluye una breve nómina de siete caballeros que estuvieron siempre a su lado:

⁶⁵ A otra glosa pelagiana, referida a Pipino, y que habla sobre su estatura, sí puede atribuirse al menos en parte una raíz tradicional, probablemente relacionada también con el tema épico de la juventud de Carlos: «Princeps iste Pipinus ex imperiali germine hortus fuit. Rex non fuit; set prefuit omnibus regibus Franciae dum uixit; sub se eligebat et deponerat reges. Fuit homo formosus milesque strenuus; statura eius nec longa nimis nec breuis». Sobre el motivo de la estatura de Pipino, véase F. Bautista, *La materia de Francia en la literatura medieval española. La «Crónica carolingia»: Flores y Blancaflor, Berta y Carlomagno*, San Millán de la Cogolla, Instituto Biblioteca Hispánica, CiLengua, 2008, p. 66, con bibliografía.

⁶⁶ Véase, abajo, apartado 5, sobre esta obra. Aunque B. Krusch, ed. cit., pp. 217, 231, 326, n. 5 y 328, n. 2, señala repetidamente que las interpolaciones no hacen más que reproducir informaciones del Pseudo-Turpín, un somero examen de las mismas muestra exactamente lo contrario, comenzando, además de lo ya señalado, por la caracterización del propio Turpín, como veremos. Por otro lado, el desconocimiento de otras fuentes históricas carolingias por parte de Pelayo se pone de manifiesto en una indicación cronológica interpolada en este texto, donde se coloca a Carlomagno en época de Alfonso III (ubicación que depende de la segunda versión del «Concilio de Oviedo»): «Era DCCCC.X. Karolus princeps et Adefonsus rex Galiciarum, filius Ordoni regis, contemporanei fuerunt amicitiasque maximas dum uixerunt ad inuicem habuerunt». Cabe señalar además que este texto, conocido por Lucas de Tuy, explica en buena medida algunas de las peculiaridades de su inserción de la leyenda de Bernardo del Carpio dentro del relato histórico, como espero poder mostrar en otro trabajo.

Memoratus itaque Karolus princeps annis .X. principavit in magnis persecutionibus habebatque in auxilio et in negocio regni Torpinum Biturice urbis arcepsiscopum et subscriptos patricos potentissimos, nobiles strenuosque milites, quorum nomina sunt hec: Roolanus, Marebodus, Vilielmus Curvusnasus, Oliverius, Odgerius, Haymonem⁶⁷.

Ciertamente, no nos encontramos ante una enumeración de los pares ni se trata de los guerreros muertos en Roncesvalles, y tampoco la nómina tiene una clara ubicación en la biografía legendaria de Carlomagno, ya que aunque se los cita en este punto el propio Pelayo señala a continuación que estos son los mismos caballeros que entraron en España, dirigiéndose a algunas ciudades cercanas a los Pirineos⁶⁸. Como sea, la presencia de determinados nombres, en tanto que estarían entre los más importantes, y su cercanía con otros textos no dejan de ser datos significativos, al margen de algunas peculiaridades que dan a estas líneas un valor añadido. Llama poderosamente la atención en primer lugar la caracterización de Turpín como arzobispo de Bourges («Biturice»), no de Reims, que no se documenta en ningún otro texto románico y que constituye un pequeño misterio. Puede apuntarse, en todo caso, que parece haber existido una limitada tradición fluctuante sobre este personaje, tradición que se hace presente justamente en algún otro texto hispánico, aunque con otros matices. Así, Turpín recibe una caracterización singular en el fragmento del *Roncesvalles*, donde se le considera flamenco y se afirma que en esa tierra se proyecta darle sepultura («Levémosle a su terra, a Flanders la ciudad», v. 9), mientras que el resto de la tradición le hace originario de Reims y la *Chanson de Roland* asegura que fue enterrado en Blaye⁶⁹. Parece entonces que el

⁶⁷ «Así pues, el mencionado príncipe Carlos reinó durante diez años con grandes persecuciones y tuvo en su ayuda y en el gobierno del reino a Turpín, arzobispo de la ciudad de Bourges, y a los siguientes barones muy poderosos, nobles y valientes caballeros, cuyos nombres son estos: Roldán, Marebodo, Guillermo de la nariz corva, Oliveros, Ogier, Aymón».

⁶⁸ La nómina no se puede ceñir así en modo alguno a la leyenda de la juventud de Carlos, y tampoco presenta en realidad concomitancias con los textos que transmiten dicho relato (D. W. Lacroix, *ob. cit.*, pp. 72-74, 90 y 97-100).

⁶⁹ Cito el *Roncesvalles* por la edición de Ian Michael, «Orígenes de la epopeya en España: reflexiones sobre las últimas teorías», en *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Segovia, del 5*

personaje de Turpín conoció unos rasgos biográficos algo distintos de los que ofrece la mayor parte de la tradición, y la referencia del texto pelagiano quizá apunte a un cierto arcaísmo, cuando aún no se había fijado definitivamente este tipo de detalles.

El resto de la nómina, con ser singular, es quizá menos sorprendente. Uno de sus problemas reside, sin duda, en la identificación de «Marebodus», que con esta forma no se encuentra en ningún texto de la tradición épica⁷⁰. Lo más probable es que corresponda a Gandelbuef, que el Pseudo-Turpín llama «Gandelbodus», y que tiene también una presencia característica en los textos hispánicos y del sur de Francia, como el propio Pseudo-Turpín, la nómina de los doce pares que ofrecen el *Poema de Fernán González* o una rama textual de la *Estoria de España*, su aparición en el *Ensenhamen* de Guerau de Cabrera o su papel en el *Ronsasvals*⁷¹. Otro de los aspectos de interés está relacionado con el nombre de Roldán («Roolanus»), que en esa forma no figura en otros textos latinos, lo que no permite aventurar en principio si

al 19 de octubre de 1987), eds. José Manuel Lucía Megías, Paloma Gracia Alonso y Carmen Martín Daza, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1992, I, pp. 71-88 (texto en pp. 86-88). La singularidad del dato fue destacada ya por R. Menéndez Pidal, «*Roncesvalles*: un nuevo cantar de gesta español del siglo XIII», *Revista de Filología Española*, 4 (1917), pp. 105-204 (en concreto, p. 168), Jules Horrent, «*Roncesvalles*»: étude sur le fragment de «*cantar de gesta*» conservé à l'Archivo de Navarra (*Pampleune*), París, Les Belles Lettres, 1951, p. 39, y D. Catalán, *ob. cit.*, p. 535. En el Pseudo-Turpín, el arzobispo muere tiempo después de la batalla y es enterrado en Vienne, mientras que en un diploma falso de Saint-Jean de Sorde, del siglo XII, se asegura que se encontraba en dicho monasterio (A. G. Remensnyder, *ob. cit.*, p. 194), aunque en ambos casos seguramente nos encontramos ante invenciones eruditas e interesadas.

⁷⁰ Véase André Moisan, *Répertoire des noms propres de personnes et de lieux cités dans les chansons de geste françaises et les oeuvres étrangères dérivées*, Ginebra, Droz, 1986, 5 vols., donde no figura ningún personaje con este nombre.

⁷¹ K. Herbers y M. Santos Noia, eds., *Liber Sancti Jacobi: Codex Calixtinus*, [Santiago de Compostela], Xunta de Galicia, 1998, p. 207 y *passim*; sobre las referencias al personaje, quien parece haber tenido un protagonismo especial en el relato épico de la entrada de Carlos en España, sobre el que trato en el siguiente apartado, véase D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 28, 99, 156-157, 191 y 349-352. Podría tratarse de un error textual (que debería remontar al arquetipo ya que los dos manuscritos independientes del texto dan la misma lectura), de una deficiente transliteración del nombre o incluso una deformación en la transmisión oral. La solución que aquí ofrezco era ya sugerida, implícitamente, por B. Krusch, *ed. cit.*, p. 326, n. 5.

don Pelayo escuchó un relato ya lingüísticamente hispanizado, según sugeriría una forma como «Rodlanus» o «Rotlanus», en todo caso más próxima a la que ofrece poco antes la «Nota emilianense» («Rodlane»), o poco después, a mediados del siglo XII, el *Carmen de expugnatione Almariae urbis* o *Prefatio de Almaria* («Roldanus»), texto sobre el que trato brevemente más adelante⁷².

La nómina presenta, en conjunto, una gran sintonía con otros textos antiguos, como la «Nota emilianense» o el falso diploma de Saint-Yrieix (c. 1090), en territorio lemosín. Con la primera, que da seis nombres, coincide en los esperables de Turpín, Roldán y Oliveros, pero también en los de Ogier de Dinamarca y de «Ghigelmo Alcorbitunas»; con el segundo, que da cinco, y que que tampoco se coloca en el momento de la derrota de Roncesvalles, sino cuando Carlos emprende su expedición a España, en los de Turpín, Ogier y «Guillelmo Curbinaso» (en nuestro texto «Vilielmus Curvusnasus»)⁷³. Guillermo apenas figura en los textos pertenecientes a la gesta rolandiana (y entre los textos tempranos solo, además de estas referencias, en el *Pèlerinage de Charlemagne*), de modo que su aparición en nuestros testimonios parece señalar su vinculación a una misma tradición y seguramente su raíz arcaica, pues todos ellos son bastante tempranos, tradición que sería independiente de la fijación de los rasgos más característicos de la leyenda a partir del poema de Turolde. Al margen, como ocurre con Gondelbuef, queda la

⁷² Véase R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 375-377, aunque hay más variedad en la onomástica peninsular de la reconocida por Menéndez Pidal, como señala David Hook, «Roland in the Medieval Spanish Epic», en *Roland and Charlemagne in Europe: Essays on the Reception and Transformation of a Legend*, ed. Karen Pratt, Londres, King's College, 1996, pp. 83-103. Cabría la posibilidad de que «Roolanus» fuera el resultado de una deturpación de un «Rodlanus», aunque también puede suponerse que se trate de una transliteración del francés «Rollant», sin grupo consonántico «tl» o «dl», similar a otras adaptaciones del nombre, como «Ruolant» o «Roelant», lo que apuntaría a una difusión de la gesta sin que hubiera sido adaptada lingüísticamente.

⁷³ Remito al tratamiento que de estas nóminas hace R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 363-373 al estudiar la «Nota emilianense». El diploma de Saint-Yrieix está editado en *Monumenta Germaniae Historica: Diplomata Karolorum*, I: *Pippini, Carlomanni, Caroli Magni diplomata*, ed. Engelbert Mühlbacher *et alii*, Hannover, Hahn, 1906, pp. 355-357 (núm. 251). Sobre él, puede verse A. G. Remensnyder, *ob. cit.*, pp. 146-148. Por otro lado, hago notar que Ogier figura también en la nómina contenida en una rama textual de la *Estoria de España* (D. Catalán, *ob. cit.*, p. 28).

mención de Aymón en el texto pelagiano, que en todo caso encuentra resonancias también en el ámbito hispánico, ya que Aymón de Dordone tiene un cierto protagonismo en el fragmento del *Roncesvalles* (vv. 84-94), en el que se lamenta ante el cadáver de su hijo Rinalte (o Reinaldos)⁷⁴. Así, la presencia de un rasgo particular en la nómina de la interpolación pelagiana tiene su correlato en la tradición española, lo que invita a pensar de nuevo que, aunque en su base no se encuentre un poema lingüísticamente hispanizado, sí formaría parte de una tradición ligada a los relatos carolingios que circulaban en España y en el sur de Francia, entre fines del siglo XI y comienzos del XII.

A continuación, cuando el *Liber historiae Francorum* cierra la narración de las guerras de Carlos, Pelayo de Oviedo incluye una breve interpolación negando la entrada del rey en España y mencionando una expedición de sus caballeros bajo los Pirineos:

Predictus autem Carolus princeps Spaniam nunquam intrauit,
sed ex predictis patriciis cum magno exercitu uenerunt usque
Pampilonam, Cesaraugustam siue et Oscam, et non amplius⁷⁵.

Se dice entonces que Carlos no entró en España, y que sólo algunos de sus caballeros se dirigieron únicamente a las ciudades citadas, sin que se señale tampoco su conquista. Aunque las referencias que aquí se anotan no parecerían exigir en principio la necesidad de un cantar de gesta (ya que podrían ser informaciones transmitidas quizá por otras vías), el contexto del pasaje, que se refiere a los caballeros del rey citados anteriormente, y el hecho de que en el conjunto de estas notas encontremos otras informaciones de origen tradicional, pero no

⁷⁴ R. Menéndez Pidal, «*Roncesvalles*», *cit.*, pp. 140-147 y Jules Horrent, «*Roncesvalles*», *cit.*, pp. 145-173; la presencia del duque Aymón en Roncesvalles se liga a su vez entonces a la tradición que hace participar en ella a su hijo Rinalte (o Reinaldos), con diversos ejemplos en la literatura castellana e italiana, y que aparece además en el Pseudo-Turpín. Véase también D. Catalán, *ob. cit.*, p. 534 y 539-540. La sintonía del texto pelagiano con el *Roncesvalles* no deja de tener interés, obviamente, para la propia valoración del fragmento épico. Vuelvo en este sentido sobre la nómina pelagiana al final del apartado siguiente, tratando de precisar un poco más su entronque con la gesta carolingia.

⁷⁵ «No obstante, el citado príncipe Carlos no entró nunca en España, pero de entre los citados barones algunos vinieron al frente de un gran ejército hasta Pamplona, Zaragoza y Huesca, y no más».

de textos históricos, apuntan efectivamente a que la presencia de esta glosa se debe a la difusión y el conocimiento de la gesta carolingia⁷⁶. No obstante, al negar la presencia de Carlos en España (algo que no puede corresponder a una fuente épica) y al restringir la expedición de los guerreros carolingios a las ciudades citadas («et non amplius»), la nota muestra una estrecha sintonía con la *Historia Silense*, y sugiere que con su reacción ambos textos respondían a las afirmaciones sobre las fabulosas conquistas de Carlomagno en España⁷⁷. Pero para fijar con mayor precisión el origen de tales afirmaciones, y por tanto de la respuesta de ambos textos, en particular de la glosa pelagiana, conviene ahora explorar otras referencias.

5. El Camino de Santiago y la leyenda épica de la *Entrée d'Espagne*

Hacia 1130-1140, probablemente obra de Aimeri Picaud, puede localizarse la redacción del *Codex Calixtinus*, que contiene el llamado *Liber Sancti Jacobi*, o *Jacobus*, como lo llama su compilador, integrado por cinco libros que presentan sucesivamente los oficios litúrgicos ligados a Santiago, sus milagros, su *translatio*, la conquista de España por Carlomagno, con la apertura del Camino de Santiago, y una guía del Camino⁷⁸. El Libro IV, centrado en las conquistas de Carlomagno

⁷⁶El dato más llamativo es la inclusión de Huesca, que apenas figura en los textos épicos y de la que solo hablan, entre los historiográficos, los *Annales Petaviani* (R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, p. 479). Cabe la posibilidad de que se trate de una deducción del autor de las interpolaciones, al delimitar el territorio de la incursión de los barones de Carlos, pero no es descartable tampoco un origen tradicional (Huesca figura, por ejemplo, en el itinerario de Baligant, según el manuscrito V4 de la *Chanson de Roland*). Por otro lado, la mención de Zaragoza podría interpretarse como derivada de la leyenda de Roncesvalles.

⁷⁷Nótese, además, que el propio Pelayo ignora en su historia de España, como hacían sus fuentes, a Carlomagno (salvo al incorporar a su relato el «Concilio de Oviedo»). Fuera del discurso historiográfico, a comienzos del siglo XIII, opinión análoga a la de la *Historia Silense* expresa el canonista Vicente Hispano (Javier Ochoa Sanz, *Vincentius Hispanus: canonista boloñés del siglo XIII*, Madrid, CSIC, 1960, pp. 16-21, y Gaines Post, *Studies in Medieval Legal Thought: Public Law and the State, 1100-1320*, Princeton, University Press, 1964, pp. 485-490), donde quizá deja sentirse ya además el eco de la leyenda de Bernardo del Carpio.

⁷⁸Para la fecha y la atribución a Aimeri, véase D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 791-869. Parecidas conclusiones son defendidas también, entre otros estudiosos, por A. Moisan, *Le Livre de Saint Jacques ou «Codex Calixtinus» de Compostelle*:

y Roldán en España, y presentado como una relación escrita por un testigo de vista, nada menos que el arzobispo don Turpín, alcanzó un éxito amplísimo (con más de cien manuscritos), siendo copiado de forma independiente o traducido a diversas lenguas y dando lugar a numerosas reelaboraciones de carácter histórico o poético. En todo caso, como se ha señalado en varias ocasiones, todas las copias conocidas del Libro IV, o Pseudo-Turpín, remontan directa o indirectamente al original compostellano, esto es, al *Codex Calixtinus*, lo que prueba la estrecha relación de esta pieza con el resto de la compilación y con el culto compostelano, asunto este que tiene además un protagonismo central dentro del relato de ese mismo Libro IV⁷⁹. De este modo, aunque se trata de una obra escrita por un francés, oriundo de Poitiers, el detallado conocimiento que el autor exhibe a lo largo de su *Liber Sancti Jacobi* a propósito de la España del momento, de su geografía, de los itinerarios de la peregrinación a Santiago y de los intereses eclesiásticos compostelanos permite contemplar este texto como un indicio significativo acerca de la cultura de los intelectuales y colonos francos llegados a España y también de su difusión en ámbitos fuertemente influidos por ellos, como el Camino de Santiago.

La narración del Pseudo-Turpín puede dividirse de una forma muy básica en tres secciones. Una inicial (caps. I-V) refiere que Santiago se le aparece en sueños a Carlomagno y le insta a liberar España del dominio musulmán y a visitar el lugar donde se encuentran sus restos. La narración de esta parte es esquemática, prácticamente sin más contenido que la enumeración de las ciudades conquistadas, con algún episodio milagroso. Una segunda sección (caps. VI-XVII)

etude critique et littéraire, Ginebra, Slatkine, 1992, pp. 59-82, con bibliografía. Una perspectiva distinta, que rechaza esta atribución y sitúa la composición del *Liber* entre 1120 y 1145, en Manuel C. Díaz y Díaz, «Para una nueva lectura del Códice Calixtino», en *Pervivencia de la tradición clásica. Homenaje al profesor Millán Bravo*, eds. Maurilio Pérez González, José María Marcos Pérez y Estrella Pérez Rodríguez, Valladolid, Universidad, 1999, pp. 83-90, con referencia a otros trabajos del autor, si bien este debate no afecta a los aspectos que me interesa destacar aquí.

⁷⁹ Para la tradición textual del Pseudo-Turpín, véanse las referencias dadas en D. Catalán, *ob. cit.*, p. 161, n. 41; téngase en cuenta también la clasificación de los manuscritos del Libro V a cargo de Alison Stones y Jeanne Krochalis, eds., *The Pilgrim's Guide: A Critical Edition*, con la colaboración de Paula Gerson y Annie Shaver-Crandell, Londres, Harvey Miller, 1998, I, p. 196.

narra una nueva entrada de Carlos en España, que ha sido conquistada por el moro Aigolando, quien ha llegado hasta el sur de Francia. Finalmente, el capítulo XXI refiere con cierto detenimiento la batalla de Roncesvalles, y otra serie de capítulos instan a la cruzada en España o recogen puntualmente algún episodio desligado del resto. Aunque buena parte del texto, poblado de disputas teológicas y de lecciones de tono sermonístico, es sin duda responsabilidad del autor, este muestra conocer y a veces basarse ampliamente en algunos relatos épicos, que reescribe con una característica intención moralizante. Así, alude a una canción de gesta («cantilena») sobre Ogier (cap. XI), al relato sobre la estancia de Carlos en Toledo, el *Mainet* (cap. XX), o a un episodio épico de la guerra contra los sajones (cap. XXIII). Y todo el capítulo sobre Roncesvalles consiste en una reescritura de la gesta rolandiana, una de cuyas fuentes probablemente es ya la *Chanson de Turoldo*⁸⁰.

De la difusión en España de algunos de estos temas tenemos suficiente documentación en textos posteriores (en particular, sobre el *Mainet*), y de otros, como el relativo a Roncesvalles, consta su circulación al sur de los Pirineos antes y después de esta obra. En otros casos, con todo, resulta difícil decidir si se trata de relatos que fueron conocidos en España o con los que el autor habría tomado contacto en otros lugares. Como sea, me interesa aquí en particular la narración que el autor ofrece sobre las guerras de Carlos en España anteriores a la batalla de Roncesvalles (caps. VI-XVIII), que por su conexión temática con la península así como por la huella de alguno de sus episodios en fuentes hispánicas podría revelar datos de interés sobre la difusión al sur de los Pirineos de una narración épica que ha llegado hasta nosotros de forma muy fragmentaria e incierta. A grandes rasgos, estos capítulos refieren la marcha de Carlos, acompañado de Milón de Anglers, contra Aigolando (cap. VI), la

⁸⁰ Sigo la numeración de capítulos del *Codex Calixtinus*. El uso de una versión similar a la de Turoldo es defendido por A. Moisan, *Le Livre de Saint Jacques*, pp. 176-182 y 199-202 y D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 180-188, quien trata de aislar otros detalles de probable origen tradicional ajenos a dicha versión. Véase también Santiago López Martínez-Morás, *Épica y Camino de Santiago: en torno al Pseudo Turpin*, Santiago de Compostela, Ediciós do Castro, 2002, pp. 101-119, así como «*De bello Runcievallis: la composition de la bataille de Roncevaux dans la chronique de Turpin*», *Romania*, 126 (2008), pp. 65-102, con bibliografía.

batalla en Tierra de Campos, en la que muere Milón (cap. VIII), la entrevista de Carlos y el rey moro junto al Garona (cap. IX), la batalla de Saintes (cap. X), el paso de los puertos de Cize (cap. XI), la batalla de Pamplona, en la que muere Aigolando (cap. XIV), la toma de Monjardín contra el rey Forré, (cap. XVI), el combate entre Roldán y Ferragut de Nájera (cap. XVI), y la derrota de los aliados de Aigolando en Sevilla y Córdoba (cap. XVIII). Esta narración sería entonces el preámbulo legendario de la batalla de Roncesvalles, que tiene lugar cuando el ejército franco regresa a sus tierras una vez conquistada toda la península.

Pese a que esta sección contrasta llamativamente con los primeros capítulos, en que apenas hay contenido narrativo alguno, y pese a que intervienen en estos pasos los héroes más importantes de la gesta carolingia, con escenas que remiten claramente al discurso épico, lo cierto es que no se ha conservado ninguna canción de gesta sobre la entrada de España (al margen de la *Entrée d'Espagne* francovéneta, de la primera mitad del siglo XIV, que se basa principalmente en el Pseudo-Turpín). De este modo, a diferencia de lo que sucede con el capítulo dedicado a Roncesvalles, para el que sí se conserva uno de los textos que sirvieron de fuente, en este caso, al no contar con dicho material, es preciso tomar en consideración el conjunto de la tradición de este relato para valorar el carácter y el contenido de su posible modelo. Disponemos, para ello, de una serie de testimonios y referencias que no solo prueban que el autor de la historia latina no inventó la materia que recoge en estos capítulos (aunque la reelaborara a su modo, como hizo con el *Roland*, y añadiera bastantes cosas de su cosecha), sino que hacen posible remontarse hasta cierto punto a la narración usada por él, que pertenecía sin duda a la épica. El más importante corresponde a un fragmento de un cantar de gesta, que consta de 160 versos, en los que se narra el asedio de una ciudad en España, cuyo señor es Agolant, con fuertes sintonías y al tiempo divergencias con el Pseudo-Turpín⁸¹. Así, aparece aquí un elenco de caballeros de Carlos muy próximo al que se nos da en el capítulo XI, y la estrategia para atacar la ciudad es similar a la que se ofrece en el Pseudo-Turpín en el asedio de Pamplona

⁸¹ Fue descubierto y publicado por Paul Meyer, «Fragments de manuscrits français. I: Fragment d'une chanson de geste relative a la guerre d'Espagne», *Romania*, 35 (1906), pp. 22-31.

(cap. XIV), aunque en el texto poético Ogier tiene un protagonismo ausente en la historia latina. Este fragmento parece pues el único resto poético de la tradición épica usada en el Pseudo-Turpín⁸². Por otro lado, ciertas escenas de la entrada de España que figuran en diversas obras posteriores sin conexiones entre sí y con divergencias respecto de la historia latina tendrían arraigo en la misma tradición épica, al tiempo que la comparación entre los diversos textos permite identificar algunas de las transformaciones y cambios operados en el Pseudo-Turpín⁸³. Finalmente, algún texto, como el *ensenhamen* de Guerau de Cabrera, de fines del siglo XII o comienzos del XIII, alude a la entrada de España como una narración más junto a otros relatos épicos⁸⁴.

Haciendo abstracción en este momento de una discusión que nos llevaría demasiado lejos, y teniendo en cuenta también los diversos

⁸² P. Meyer, *art. cit.*, pp. 27-29 notó las semejanzas del texto con el Pseudo-Turpín; véase además D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 195-196. La posibilidad, apuntada por J. Bédier, *ob. cit.*, III, p. 136, de que el poema se basase en el Pseudo-Turpín debe desecharse a la vista de las diferencias entre ambos textos y de la consideración del conjunto de la tradición del relato, y también a la vista del testimonio pelagiano, como veremos.

⁸³ Los textos más importantes de esta tradición son los capítulos 51-52 de la Rama I de la *Karlamagnús Saga* (D. Lacroix, *ob. cit.*, pp. 130-132), la *Chronica imaginis mundi* de Iacopo d'Acqui, escrita antes de 1334 (ed. Giuliano Gasca Queirazza, *Gesta Karoli Magni Imperatoris: Storia e legenda carolingia nella «Chronica imaginis mundi» di frate Jacopo d'Acqui*, Turín, Toso, 1969), algún episodio de la *Entrée d'Espagne* francovéneta, poema escrito también en la primera mitad del siglo XIV (ed. Antoine Thomas, París, Firmin-Didot, 1913, 2 vols.), y la sección de las *Chroniques et conquestes de Charlemaine* de David Aubert (1458) que trata sobre este asunto (ed. Robert Guiette, Bruselas, Académie Royale de Belgique, 1943, II.1, pp. 180-238). Con todo, estos textos conocieron o utilizaron (a veces como fuente principal) el Pseudo-Turpín, por lo que debe discriminarse con cuidado lo que depende de esta fuente de otro tipo de informaciones.

⁸⁴ «Que non sabs jes / de la gran jesta de Carlon. // Con eu, tras port, / per son esfortz / intret en Espaigna a bandon» (vv. 35-39); ed. François Pirot, *Recherches sur les connaissances littéraires des troubadours occitans et catalans des XII^e et XIII^e siècles: Les «sirventes-ensenhamens» de Guerau de Cabrera, Guiraut de Calanson et Bertrand de Paris*, Barcelona, Real Academia de Buenas Letras, 1972, p. 547, y su comentario en pp. 340-345. Para la fecha del *ensenhamen*, véase Stefano M. Cingolani, «The 'sirventes-ensenhamen' of Guerau de Cabrera: A Proposal for a New Interpretation», *Journal of Hispanic Research*, 1 (1992-93), pp. 191-201, y Jesús D. Rodríguez Velasco, trad., *Castigos para celosos, consejos para juglares*, Madrid, Gredos, 1999, pp. 223-230.

estudios sobre este relato, podría proponerse la siguiente reconstrucción⁸⁵. Carlos recibe la noticia de la invasión del sur de Francia por el moro Agolant y prepara su ejército para enfrentarse a él. Cruzan el Garona, y Roldán, en la vanguardia, se dirige hacia Nobles, bajo el dominio del rey moro Forré, aunque Carlomagno le insta a no iniciar el asedio sin él y a no matar al rey enemigo. Sin embargo, se produce una batalla a las puertas de la ciudad, que concluye con la muerte de Forré a manos de Oliveros. Éste se lamenta por lo sucedido, al haber infringido las órdenes de Carlos, y Roldán decide asumir la responsabilidad, pero lavan la sangre vertida en el campo de batalla para que el rey no se aperciba de los hechos. Aun así, Carlos lo descubre, recrimina a Roldán y le golpea con su guante, siendo esta la única ocasión en que sangró el héroe. Carlos envía a Roldán en busca de Gondelbuef, que no se ha reunido aún con el ejército, y continúa su marcha hacia España, combatiendo con Agolant, quien vencido, va huyendo hacia el sur. En el paso del puerto de Cize las dificultades hacen que Carlos eche de menos a Roldán, quien ya con Gondelbuef se une entonces con su ejército, y poco después tiene lugar el asedio y la toma de Pamplona, momento en que muere Agolant. A continuación, en Nájera, el gigante Ferragut derrota uno tras otro a varios de los mejores caballeros de Carlos, pero finalmente Roldán consigue derrotarlo. La conquista de España se completa con la derrota en Sevilla y Córdoba de los aliados de Agolant.

La ubicación del relato en el sur de Francia y en España y el hecho de que sus escenarios coincidan en parte con el itinerario jacobeo (en Francia, en particular con la «*via turonensis*») invitan a pensar que la narración, al margen del Pseudo-Turpín, haya tenido, al igual que la leyenda de Roncesvalles, difusión en España, quizá en conexión con el Camino de Santiago, a cuya liberación por parte del rey franco aludiría también probablemente la gesta, como permiten deducir algunas referencias que recojo adelante. Por otro lado, teniendo en cuenta la importancia que adquieren los combates en el sur de Francia, la centralidad del episodio de la toma de Nobles, donde se produjo el enfrentamiento entre Carlomagno y Roldán, cuando este sangró por

⁸⁵ Véase el excelente estado de la cuestión ofrecido por F. Pirot, *ob. cit.*, pp. 340-345, con las oportunas referencias; tengo en cuenta además la discusión de este problema ofrecida por D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 200-236 y S. López Martínez-Morás, *ob. cit.*, pp. 75-99. Trato con más detalle este asunto en el estudio ya citado en preparación sobre *Pelayo de Oviedo y Carlomagno*.

única vez, y la vinculación entre una escena de dicho episodio (el lavado del campo) y la ciudad de Dax, puede pensarse que la narración se haya originado en el sur de Francia, en la región de Aquitania⁸⁶. Por fin, puesto que la *Chanson de Roland* de Turolde alude a ese motivo (vv. 1775-1779), puede conjeturarse que la creación de este relato se haya producido poco antes de tal texto, tal vez en torno al año 1100⁸⁷. Al tratarse de un relato centrado en buena medida en España y cuya creación puede localizarse verosímilmente en el sur de Francia, por tanto en un ámbito cultural íntimamente ligado a la península, conviene rastrear los posibles ecos de este relato o los aspectos que puedan avalar su difusión y conexión con España.

En este sentido, cabe recordar que el episodio del Pseudo-Turpín que narra la toma de Monjardín fue relacionado por José María Lacarra con ciertos hechos históricos acaecidos en tal fortaleza entre fines del siglo XI y comienzos del XII⁸⁸. En 1083, el castillo de San Esteban de Deyo o Monjardín fue ocupado por monjes francos, y años más tarde, entre 1104 y 1114, el obispo de Pamplona, también franco, expulsó a los navarros del castillo, entregándolo a tres caballeros franceses de su confianza, lo que conocemos por la carta en la que el prelado informa de todo ello a Alfonso el Batallador. A la vista de estos sucesos, Lacarra postuló que

⁸⁶ Sobre el episodio de Nobles y la identificación del lugar con Aix-en-Gascogne (o Dax), véase R. Guiette, «Note sur la Prise de Nobles», *Romanica Gandensia*, 4 (1956), pp. 67-80, Gustave A. Beckman, «L'identification Nobles = Dax», *Le Moyen Âge*, 79 (1973), pp. 5-24, y Aurelio Roncaglia, «Geografia storica di leggende e fiabe: da *Roland* a *Auberom*», *Cultura Neolatina*, 56 (1996), pp. 45-99 (en concreto, pp. 59-67).

⁸⁷ Véase el comentario de Gerald J. Brault, *The Song of Roland: An Analytical Edition*, University Park: The Pennsylvania State University Press, 1978, I, pp. 216-218 y 427-428. Desde luego, habría de ser un relato creado con posterioridad a la leyenda de Roncesvalles, de la que algunos episodios parecen ser una réplica, pero la alusión de Turolde está en sintonía con otros datos que comento abajo y que favorecen esa datación aproximativa. Como distinguen con claridad D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 214-229 y S. López Martínez-Morás, *ob. cit.*, p. 93, hay dos episodios épicos centrados en Nobles, uno perteneciente a la gesta de la entrada de España, y otro a la guerra contra los sajones, con un desarrollo un tanto diverso. Tanto por sus rasgos como por el hecho de encontrarse citado en la *Chanson de Roland*, puede conjeturarse que el primero de ellos es el relacionado con la entrada de España, luego utilizado y reformulado en el otro relato.

⁸⁸ J. M^a. Lacarra, «Monjardín en la historia y la leyenda», en sus *Estudios de historia navarra*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1971, pp. 125-137 y 175-179.

el capítulo del Pseudo-Turpín se basaría en una leyenda épica inspirada en ellos, donde Forré, príncipe de los navarros según la historia latina, sería un trasunto de los navarros expulsados de Monjardín por el obispo de Pamplona. Con todo, la aparente similitud de estas escenas no puede remontar a la épica, cuya creación tampoco puede situarse entre los colonos francos de Navarra, puesto que la localización del episodio en Monjardín es obra sin duda del autor de la historia latina, ya que tal topónimo solo aparece en textos derivados de esta obra⁸⁹. En realidad, los textos que remontan a la tradición épica usada en el Pseudo-Turpín presentan al rey Forré como el protagonista del episodio que tiene lugar en Nobles, es decir, en el sur de Francia, cerca de los Pirineos, cuando se produce la escena del lavado del campo de batalla recordada en la *Chanson de Roland*. Todo apunta, entonces, a que el autor de la historia latina es el responsable de la caracterización de Forré como «princeps Navarrorum» y de la localización de la batalla (cuyo desarrollo es también básicamente inventado) en Monjardín, movido quizá por el eco de los hechos históricos citados y por el sentimiento antinavarro de ciertos colonos francos que describe Lacarra y que se hace presente en otros pasos del *Liber Sancti Jacobi*⁹⁰.

Más interés tiene para nosotros el episodio de Ferragut, y las huellas de su difusión en la península. Que se trata de un relato de ascendencia épica no sólo lo sugiere la presentación del rival de Roldán, que tiene ciertos parecidos con otros héroes épicos, como el Renuard de la *Chanson de Guillaume*, sino que lo prueba también la mención del personaje junto a otros guerreros de las canciones de gesta en el *fabliau* «Deux bordeors ribauz», de la segunda mitad del siglo XIII, y la cita del personaje en los textos de la gesta de Otinel⁹¹. Por otro lado, tanto la

⁸⁹ A. Moisan, *Répertoire des noms propres*, I.2, p. 1262 y S. López Martínez-Morás, *ob. cit.*, p. 85. D. Catalán, *ob. cit.*, p. 213, aunque señala el problema de la hipótesis de Lacarra, no emite un juicio claro sobre ella.

⁹⁰ En este sentido, la argumentación de Lacarra explica plenamente la construcción del relato en la historia latina, sin necesidad de pensar en una fuente legendaria anterior. El amplio conocimiento de la geopolítica hispánica por parte del autor del *Liber Sancti Jacobi* se hace evidente en los datos reunidos por D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 808-822 y 845-856.

⁹¹ Ambas referencias fueron aducidas ya por G. Paris, *Histoire poétique de Charlemagne*, París, A. Frank, 1865, p. 266. El *fabliau* habla «de Ferragu a la grant teste. / De totes les chançons de geste» (en la edición, por ejemplo, de Edmond Faral, *Mimes français du XIII^e siècle*, París, Honoré Champion, 1910, p. 104, vv.

integración del episodio dentro del relato de la entrada de España en el Pseudo-Turpín, como el hecho de que los guerreros francos derrotados por el gigante correspondan a los que acompañan a Carlos en dicha empresa (como Ogier, Hoel de Nantes o Reinaldos), apuntan a que formaba efectivamente parte de esta materia, que alcanzaría con el combate entre Roldán y Ferragut uno de sus momentos culminantes⁹². Y el carácter decisivo del episodio es sugerido a su vez tanto por el hecho de que se le concediera un amplio espacio en el Pseudo-Turpín como por la relativa frecuencia de su plasmación escultórica, cuyo primer ejemplo correspondería a dos bajorrelieves del portal de la catedral de San Zenón en Verona, que puede fecharse en torno a 1138⁹³. Pues bien, en España, en la zona de la Rioja y en Navarra encontramos una considerable presencia del nombre Ferragut en la documentación ya desde poco antes de mediados del siglo XII, entre los colonos francos, pero también entre los hispanos, lo que evidencia sin duda la difusión del relato y su éxito⁹⁴. El documento más temprano conocido en que figura un individuo con este nombre corresponde a una donación de 1134 hecha por Fortún Garcés Cajal, señor de Nájera, por la que entrega una serie de heredades al monasterio de Leire, entre ellas el palacio de San Adrián, donde se encuentra un tal «Ferracut de Exavier», es decir, de Javier, en Navarra⁹⁵. Este «Ferracut» hubo de nacer al menos hacia

143-144). Para las referencias contenidas en el *Otinel*, véase D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 208-209. Sobre este episodio en la *Entrée d'Espagne* francovéneta, que se basa fundamentalmente en el Pseudo-Turpín, puede verse Marco Infurna, «L'episodio di Feragu nell' *Entrée d'Espagne*», *Medioevo Romanzo*, 33 (2009), pp. 73-92.

⁹² La pertenencia de Ferragut a la gesta de la entrada de España viene sugerida también por el testimonio de Iacopo d'Acqui, que cita al personaje entre las tropas de Agolant.

⁹³ Rita Lejeune y Jacques Stiennon, *La legende de Roland dans l'art du Moyen Age*, Bruselas, Arcade, 1966, I, pp. 72-76; ténganse en cuenta también los comentarios a esta obra de D. J. A. Ross, «The Iconography of Roland», *Medium Aevum*, 37 (1968), pp. 46-65.

⁹⁴ Llamó la atención por primera vez sobre ello J. M^a. Lacarra, «El combate de Roldán y Ferragut y su representación gráfica en el siglo XII», *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, 2 (1934), pp. 321-338.

⁹⁵ Ángel J. Martín Duque, ed., *Documentación medieval de Leire (siglos IX a XII)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1983, doc. 307; fue señalado por Fernando González Ollé, «La función de Leire en la génesis y difusión del romance navarro, con noticia lingüística de su documentación (I)», *Príncipe de Viana*, 58 (1997), pp. 653-708 (p. 665). Entre 1125 y 1146 encontramos a otro «Ferracut», hijo

1110, lo que implica que ya entonces se había difundido el relato, con la aceptación suficiente como para dar lugar a una moda onomástica que tendría un arraigo prolongado en esta zona.

Si la presencia del nombre Ferragut en fechas tan tempranas y en una geografía relacionada con la del relato apunta a la circulación de la gesta en España y avala su anterioridad al relato del Pseudo-Turpín (como el citado capitel de San Zenón), otra importante huella corrobora estos indicios. Me refiero a la representación escultórica del combate entre Roldán y Ferragut en un capitel de la fachada del palacio de los Duques de Granada de Egea en Estella, construido durante el reinado de Sancho el Sabio de Navarra (1150-1194)⁹⁶. La identificación de los personajes no ofrece dudas, no solo porque iconográficamente los motivos corresponden a la historia (el gigante es vencido cuando la lanza le atraviesa el ombligo, su único punto débil), sino porque en la escena frontal, sobre las figuras de los dos guerreros que combaten a caballo, se inscribieron también sus nombres («Feragut», «Rollan»), junto al del escultor: «Martinus de Logronio». Ciertas diferencias entre los elementos del capitel y el relato del Pseudo-Turpín, como el hecho de que en el primero sea Ferragut quien combate con la maza mientras que en el segundo se trate de Roldán, apuntan a que el escultor se basó en el relato épico, y no en la historia latina, ya que el uso de la maza por parte de Ferragut está en sintonía con otros personajes similares (como el Renuard de la *Chanson de Guillaume*, ya mencionado)⁹⁷. Todo ello, en fin, avala la circulación en España, probablemente con una conexión especial con el Camino de Santiago, del relato épico sobre la entrada de Carlos en la península, dentro del cual alcanzó particular notoriedad y éxito el episodio del combate entre Roldán y Ferragut, como permite

de «Maria Albend», en una donación a la catedral de Calahorra (Ildefonso Rodríguez R. de Lama, ed., *Colección diplomática medieval de la Rioja (923-1225)*, Logroño, Gobierno de La Rioja, 1992 (2ª ed.), II, doc. 81). Más datos en J. M^a. Lacarra, «El combate de Roldán y Ferragut», pp. 328-330 y Francisco Crosas López, «Ferragut en el Camino de Santiago (con especial atención a Navarra)», *Príncipe de Viana*, 59 (1998), pp. 875-879.

⁹⁶ De nuevo, llamó la atención por primera vez sobre el capitel J. M^a. Lacarra, «El combate de Roldán y Ferragut», pp. 330-337; véase también R. Lejeune y J. Stiennon, ob. cit., I, pp. 92-96, con buenas imágenes (vol. II, láms. 61-64).

⁹⁷ Ferragut combate con una especie de maza también en la *Entrée d'Espagne* (A. Thomas, ed. cit., I, pp. 63-67, vv. 1630-1745).

observar la onomástica, la representación iconográfica de esta escena y la extensión que el episodio merece en el Pseudo-Turpín⁹⁸.

No son estos, en realidad, los únicos rastros peninsulares de la difusión de la gesta de la entrada de España. En su *Historia gothica*, escrita hacia 1243, Rodrigo Jiménez de Rada se opuso abiertamente, al tratar de Carlomagno, a las fábulas de los juglares («histrionum fabulae»), según las cuales el rey franco habría conquistado numerosas ciudades y fortalezas en España, se habría enfrentado en numerosas ocasiones con los musulmanes y abierto el Camino de Santiago. Aunque la enumeración de ciudades que sigue a continuación, con la indicación de su conquistador histórico, probablemente es una refutación directa del capítulo III del Pseudo-Turpín, que consiste en una lista de ciudades supuestamente tomadas por Carlomagno, la alusión a los juglares y al contenido de sus relatos coincide plenamente con lo que sabemos sobre la leyenda épica de la entrada de España⁹⁹. A la vista de todo ello, cabe ahora preguntarse si no es contra esta narración contra la que reacciona también el autor

⁹⁸ Hay otra representación iconográfica del combate a caballo entre Roldán y Ferragut en un capitel en el interior de la Iglesia de Ochánduri, en la Rioja, de fines del siglo XII o principios del XIII (M^a. Jesús Álvarez-Coca González, *Escultura románica en piedra en la Rioja Alta*, Logroño, Diputación Provincial, 1978, p. 82 y A. de Mandach, «L'Entrée d'Espagne: six auteurs en quête d'un personnage», *Studi Medievali*, 30 (1989), pp. 163-208, en concreto, pp. 187-188 y lám. 9). Otros casos son más dudosos, como un capitel de la Catedral Vieja de Salamanca, que R. Lejeune y J. Stiennon, ob. cit., p. 94, lám. 67, identifican con esta escena (pero véase D. J. A. Ross, art. cit., pp. 52-53) o uno más localizado en Navarrete, cerca de Logroño, cuya identificación es también muy dudosa (A. de Mandach, art. cit., pp. 186-187, lám. 8). No he podido consultar el trabajo de P. Rousseau, «Le duel de Roland et de Ferragut sur quelques chapiteaux d'Espagne et de la France», en *La Chanson de geste et le mythe carolingien. Mélanges René Louis*, Saint-Père-sous-Vézelay, Musée Archéologique Régional, 1982, II, pp. 529-548.

⁹⁹ Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de rebus Hispanie siue Historia Gothica*, ed. Juan Fernández Valverde, Turnhout, Brepols (Corpus Christianorum: Continuatio Medievals, 72), 1987, IV.x, p. 128. Más que con los siete versos del *Roland* rimado en los que se mencionan estos hechos (como propone D. Catalán, ob. cit., pp. 84-85) o con los versos iniciales de la *Chanson* de Turoldo (R. Menéndez Pidal, ob. cit., p. 145), que no mencionan el Camino de Santiago, me parece que el pasaje se deja entender mejor si se relaciona con la narración de la entrada de Carlos en España. Para otras alusiones a estas conquistas, véase la excelente información que proporciona R. Menéndez Pidal, «*Roncesvalles*», cit., pp. 151-156, trabajo en el que el autor proponía que tanto Jiménez de Rada como el autor de la *Historia Silense*, sobre el que vuelvo a continuación, se referían a esta materia.

de la *Historia Silense*, al señalar a propósito de Carlomagno que los francos aseguraban falsamente que había arrebatado algunas ciudades a los musulmanes al sur de los Pirineos («infra Pireneos montes quasdam civitates a manibus paganorum eripuisse, Franci falso asserunt») ¹⁰⁰. Pues su respuesta airada se entendería plenamente en relación con un relato épico que narraba unas conquistas que en absoluto venían refrendadas por ningún texto histórico, ni siquiera por obras francas como la *Vita Karoli* o los anales regios, ambas manejadas por el autor de la *Historia Silense*. El mismo relato que sería contestado en definitiva por Pelayo de Oviedo, al asegurar, contra la leyenda épica, que Carlos nunca entró en España («Spaniam nunquam intrauit»), salvo algunos de sus caballeros, que se habrían dirigido tan solo a unas pocas ciudades junto a los Pirineos («et non amplius»), y donde se alude ya expresamente a la expedición del rey a la península, que puede tomarse entonces como una referencia tácita a la gesta que aquí hemos venido siguiendo ¹⁰¹.

Por último, la nómina de los caballeros de Carlos dada por Pelayo de Oviedo adquiere desde esta perspectiva su auténtica significación, ya que como él mismo indica («sed ex predictis patriciis cum magno exercitu uenerunt usque Pampilonam»), se trata de algunos de los guerreros que se dirigieron a España, por lo que podría considerarse ligada a esta leyenda épica. Así, Ogier, citado por el obispo de Oviedo, es entre otras cosas el protagonista del fragmento poético conservado sobre esta materia, donde el héroe combate contra Agolant a las puertas

¹⁰⁰ F. Santos Coco, *ed. cit.*, p. 16.

¹⁰¹ La expresión de Pelayo de Oviedo («Spaniam intrauit») no deja de tener interés, ya que se relaciona con las alusiones de otras obras a esta materia («intret en Espaigna», en el *ensenhamen* de Guerau de Cabrera, o «entramos en Espayna» en el fragmento del *Roncesvalles*), con la designación de la *Entrée d'Espagne* francovéneta en los inventarios medievales («Liber introitus Yspanie», A. Thomas, *ed. cit.*, I, p. xxix) y con los versos iniciales del poema: «Vos voil canter e dir por rime e por sentence / Tot ensi come Carles el bernage de France / Entrerent en Espagne» (*Ibidem*, pp. 1-2, vv. 9-11). Véase también Ruggiero M. Ruggieri, «Il titolo e la protasi dell'Entrée d'Espagne e dei Fatti de Spagna in rapporto alla materia della Chanson de Roland», en *Mélanges de linguistique romane et de philologie médiévale offerts à M. Maurice Delbouille*, Gembloux, J. Duculot, 1964, II, pp. 615-633. Por otro lado, es probable que ya la gesta antigua relacionara a Carlomagno con el culto compostelano, como muestran las alusiones del *Roland* rimado, Jiménez de Rada y el *Roncesvalles* (véase además, arriba, nota 61), y que al rechazar la entrada de Carlos en España don Pelayo hubiera pretendido también desmentir esa leyenda y el prestigio que conllevaba.

de una ciudad española, probablemente Pamplona. Gondelbuef tiene a su vez un destacado papel dentro de este relato no solo en el Pseudo-Turpín, sino también en la *Chronica imaginis mundi* de Iacopo d'Acqui y en las *Chroniques et conquestes de Charlemagne* de David Aubert, con detalles diversos en muchas ocasiones frente a la historia latina. Por fin, aunque Aymón no figura entre los caballeros que acompañan al rey en su entrada en España según el Pseudo-Turpín, sí se encuentra en la nómina que proporciona Iacopo d'Acqui, quien indica además que es el padre de Reinaldos, como aparece también en el *Roncesvalles*¹⁰². Quedan, más allá de estos nombres, como rasgos singulares, la caracterización de Turpín y la presencia de Guillermo, que en este último caso se liga a otras menciones tempranas, localizadas en el área meridional, apuntando a su común arcaísmo y a su pertenencia a una misma tradición. En este sentido, por fin, aunque es certera (y aún necesitada de desarrollo) la apreciación de Menéndez Pidal a propósito de una continuidad en las tradiciones épicas de España y el sur de Francia, algunas de las cuales se extendieron a su vez a Italia, tal observación debe completarse y corregirse teniendo en cuenta esta leyenda épica de la entrada de España, cuyo estudio está aún en buena medida por realizar¹⁰³.

6. Héroes hispánicos y franceses

A partir de la segunda mitad del siglo XII, la difusión de la leyenda carolingia, merced a la extraordinaria circulación de ciertas obras como el Pseudo-Turpín o al registro de estos temas en otros textos latinos, adquiere una creciente uniformidad o recurrencia, y su aparición en

¹⁰²Dentro del relato de la entrada de Carlos en España, Iacopo d'Acqui menciona a Aymón, padre de Reinaldos, en varias ocasiones (G. Gasca Queirazza, *ed. cit.*, pp. 56, 58, 66 y 68); véase R. Menéndez Pidal, «*Roncesvalles*», *cit.*, p. 140, n. 3, y Angelo Monteverdi, «Rinaldo de Montalbano e Bernardo del Carpio a Roncisvalle», en *Coloquios de Roncesvalles: agosto 1955*, [Pamplona], Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 1956, pp. 263-276, aunque todo este asunto debe revisarse a la luz de la leyenda de la entrada de España y del testimonio pelagiano.

¹⁰³R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 166-167; y en el mismo sentido, D. Catalán, *ob. cit.*, p. 157 y 251, y Giovanni Palumbo, «Per la datazione del *Roland rimato*», *Medioevo Romano*, 27 (2003), pp. 353-412 (p. 381).

los textos puede tener orígenes varios, de tipo erudito o tradicional, algo que, cuando es posible, resulta preciso discriminar con detalle¹⁰⁴. En este sentido, diversos rasgos de las piezas que mencionaré a continuación, como la forma de los nombres o su independencia frente a otros textos latinos, avalan su ascendencia tradicional, si bien no puede darse por seguro que procedan en todos los casos de cantares de gesta. Por otra parte, las referencias a la épica francesa en la segunda mitad del siglo XII ofrecen una bifurcación en dos tipos: por un lado, encontramos alguna mención dentro de la tradición historiográfica, sobre la base de la *Historia Silense*, que ya hemos visto, y que frente a ella no ofrece grandes sorpresas; por otro lado, aparecen nuevas alusiones en contextos distintos, que resultan mucho más interesantes. Organizaré mi recorrido, por tanto, siguiendo estas tendencias, aunque para ello tenga que relegar a un segundo plano el criterio cronológico.

La única obra historiográfica extensa producida en León y Castilla en la segunda mitad del siglo XII es la *Chronica Naierensis*, escrita en Nájera hacia 1190¹⁰⁵. Es, a su vez, la primera crónica general redactada desde una perspectiva castellana, y aunque no alcanza a historiar más allá del cañamazo que ofrecían las fuentes utilizadas (termina así con la biografía de Alfonso VI, tomada de la crónica de Pelayo), presenta numerosas noticias desconocidas de la historiografía anterior, de procedencia y significado dispares. Por lo que aquí nos interesa, el autor de esta crónica se basa en el relato de la derrota de Carlomagno en los Pirineos que le proporcionaba la *Historia Silense*, pero si allí tal noticia se encontraba ubicada vagamente después de la narración de la entrada de los musulmanes en la península, ahora el hecho queda integrado cronológicamente dentro de la secuencia de

¹⁰⁴ Puede mencionarse, a este respecto, el caso de Benjamín de Tudela, quien en su *Séfer Masa'ot*, escrito hacia 1160-1175, se refiere a Carlomagno como «el que por vez primera conquistara España del dominio de los árabes» (*Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, trad. José Ramón Magdalena, Barcelona, Riopiedras, 1982, p. 58), afirmación a la que no puede atribuirse en absoluto una fuente segura, y que tanto podría ser, entre otras posibilidades, un eco de la leyenda de la entrada de España como del Pseudo-Turpín. Este pasaje fue destacado por Alberto Várvaro, «Carlomagno in Spagna in Beniamino di Tudela», *Medioevo Romanzo*, 9 (1984), pp. 341-342.

¹⁰⁵ Sobre esta obra, véase ahora el número monográfico dirigido por Georges Martin, *Chronica naiarensis = e-Spania 7* (2009), accesible en <<http://e-spania.revues.org/index17958.html>> (consultado el 11 de enero de 2011).

los reyes asturleonese, entre Aurelio y Silo¹⁰⁶. Para ello, el cronista se sirvió de un texto analístico, como ya había hecho el autor de la «Nota emilianense», y a partir de él integró la narración de acuerdo con el resto de indicaciones cronológicas sobre los reyes de Asturias. El tono del texto es muy distinto del de su fuente, y de hecho se eliminan los pasajes más agresivos contra los franceses y se ofrece una presentación mucho más digna, por no decir heroica, de los derrotados. Es más, si el autor de la *Historia Silense* remarcaba que la derrota permanecía sin venganza («Quod factum usque in hodiernum diem inultum permansit»), el cronista najerense afirma que al año de aquel suceso Carlos logró vengarse: «Sequenti uero anno Carolus Romanum Imperium uendicauit, anno Domini DCCLXXVIII»¹⁰⁷.

Podría pensarse quizá que esta última noticia, con la que el autor contesta la afirmación al respecto de la *Historia Silense*, se inspirase en la tradición épica, buena parte de la cual aseguraba que Carlos había vengado la muerte de Roldán (aunque ciertamente no al año), aunque cabe también la posibilidad de que se base en un texto analístico similar a los *Annales Anianenses*, donde se encuentra una información parecida¹⁰⁸.

¹⁰⁶ El pasaje debía de figurar inicialmente en el margen, de modo que al integrarlo en el texto se produjo un leve desplazamiento, ya que la cronología obligaría a haberlo intercalado entre los reinados de Silo y Alfonso II, pues se sitúa expresamente la batalla en el tercer año del reinado de Silo; es un aspecto notado ya por Georges Cirot, «La Chronique léonaise (suite)», *Bulletin Hispanique*, 13 (1911), pp. 381-439 (p. 393). J. A. Estévez Sola, trad., *Crónica najerense*, Madrid, Akal, 2003, p. 119, n. 65, afirma que el pasaje «procede de una fuente cercana a la *Historia Silense*», pero no hay duda, como ya indicó Cirot, de que la fuente es aquí la *Historia Silense*, que se usa en otros muchos casos, y que el autor modifica en este punto de acuerdo con sus perspectivas. Por otro lado, el autor usó una lista regia franca similar a la que figura en el Códice de Roda (J. M^a. Lacarra, *art. cit.*, p. 253), que le sirvió para consignar los años de reinado de Carlomagno (aunque el numeral debe contener un error).

¹⁰⁷ J. A. Estévez Sola, *ed. cit.*, p. 105; la referencia cronológica, hecha por la era cristiana, procedería de la fuente analística, donde había de ir referida seguramente a la expedición de Carlos a Zaragoza, ya que esa es la fecha (778) que figura en todos ellos para este hecho. Por otro lado, el distanciamiento de la *Chronica Najerensis* respecto de la *Historia Silense* es aspecto señalado por Jules Horrent, «Chroniques espagnoles», *cit.*, p. 295, n. 57, y desarrollado brevemente por Jacques Horrent, «Charlemagne en Espagne», *cit.*, pp. 130-131.

¹⁰⁸ Los anales, después de ofrecer un relato de la derrota de Carlos en los Pirineos tomada de Eginhardo, incluyen la siguiente precisión: «Et insequenti anno congregans exercitum magnum, ingresus est in Spania super Navarros» (R.

Sea como fuere, la aportación más notable reside en la localización de la derrota en Roncesvalles, que no se hallaba en su fuerte, y que se ofrece aquí con una forma singular («Roscidis uallibus»), de origen culto, estudiada por Georges Cirot¹⁰⁹. Aunque tal designación es ajena a la tradición legendaria, es obvio que para otorgar este nombre al lugar de la derrota el cronista debía conocer la leyenda de Roncesvalles, como simple leyenda o como cantar de gesta, de forma que puede atribuirse a la precisión (si no al vocablo) un origen tradicional, según lo cual nos encontraríamos aquí ante una nueva huella, discreta ciertamente, y que apenas puede a estas alturas sorprendernos, de la difusión del tema en la península¹¹⁰. Contrasta, en todo caso, la timidez del cronista, que

Menéndez Pidal, *ob. cit.*, p. 481; sobre este pasaje, André Burger, «La question rolandienne: faits et hypothèses», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 4 (1961), pp. 269-291, p. 285). Para la tradición legendaria sobre la venganza de la derrota de Roncesvalles, véase R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 154-163, quien, sin embargo, no tiene en cuenta nuestro texto, contrario a los planteamientos que ahí se destacan.

¹⁰⁹G. Cirot, «Roscidiae valles», *Bulletin Hispanique*, 28 (1926), pp. 375-378. Mencionaré al paso que esta es la misma forma en que figura el nombre en el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy, como señala Cirot (p. 378), y que ello, como el mismo autor no deja de notar, apunta a que don Lucas conoció la *Chronica Naierensis*, algo que tradicionalmente se ha rechazado, pero que a mi juicio debe replantearse, según propuse, sin conocer este dato, en F. Bautista, «Pseudo-historia y leyenda en la historiografía medieval: la Condesa Traidora», en *El relato historiográfico: textos y tradiciones en la España medieval*, ed. F. Bautista, Londres, Queen Mary, University of London (Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar, 48), 2006, pp. 59-101 (en concreto, p. 77); véanse también, en el mismo sentido, los estudios de A. Montaner y míos recogidos en el monográfico dirigido por Georges Martin, *Chronica naiarensis = e-Spania* 7 (2009), accesible en <<http://e-spania.revues.org/index17958.html>> (consultado el 11 de enero de 2011)

¹¹⁰Ya a comienzos del siglo XIII, hacia 1219, la batalla es recordada en los *Anales toledanos I*, también con información de origen tradicional (la localización y la mención de los doce pares), y con una formulación casi proverbial: «Fue la batalla de Roncesvalles, quando murieron los XII. pares. Era DCCCCXXV» (E. Flórez, *España Sagrada*, XXIII, Madrid: Antonio Marín, 1767, p. 382). El texto fue aducido por William J. Entwistle, «The 'Cantar de gesta' of Bernardo del Carpio», *Modern Language Review*, 23 (1928), pp. 307-322 y 432-452 (cita en p. 313), y es comentado por J. Horrent, «Charlemagne en Espagne», *cit.*, pp. 133-134, quien concede que nos encontramos ante una huella de la épica, pero postula que procedería de un texto francés, ya que en otra entrada se habla de «Carle Magne». En realidad, la entrada en que figura tal nombre procede de los *Anales navarros* (Antonio Ubieta Arteta, ed., *Corónicas navarras*, Valencia, Anubar, 1964, p. 40), que no ofrecen en cambio la efeméride de Roncesvalles, por lo que la hipótesis de Horrent, que no reconoce

prácticamente no añade datos a su fuente, con su relativa originalidad al enfrentarse a otros pasos de la historia, y para los que en algún caso se habría valido de un cantar de gesta, en concreto al recoger la actuación del Campeador bajo Sancho II, en la batalla de Golpejera y en el asedio a Zamora¹¹¹. En este sentido, cabe destacar que nuestra crónica es la primera en la que junto a la tradición carolingia encontramos ya la gesta cidiana, que no aflora en ninguna de las historias anteriores. Esta convivencia, aunque sea distante, y en el marco de un texto pautado en buena medida por sus fuentes, puede tomarse, a la luz de los testimonios que veremos a continuación, casi como un síntoma, y marca un momento en el que los héroes francos empiezan a encontrar a su lado, en los textos peninsulares, a otros caballeros del lugar.

El más importante y más conocido de tales textos corresponde a un pasaje del *Carmen de expugnatione Almariae urbis*, escrito en torno a 1150, en el que se compara a Álvar Fáñez con Roldán y Oliveros, y que acaba con un panegírico del Cid, en el marco de un elogio de un descendiente del primero de estos héroes, el caudillo toledano Álvaro Rodríguez, que habría intervenido probablemente en la toma de Almería:

Tempore Roldani, si tertius Alvarus esset
Post Oliverum, fateor sine crimine verum,
Sub iuga Francorum fuerat gens Agarenorum
Nec socii cari iacuissent morte preempti. [...]
Ipse Rodericus, Meo Cidi sepe vocatus,
De quo cantatur quod ab hostibus haud superatur [...]
Hunc extollebat, se laude minore ferebat.
Sed fateor verum, quod tollet nulla dierum:
Meo Cidi primus fuit Alvarus atque secundus¹¹².

tal fuente y que deduce erróneamente un origen común para ambas noticias, debe desecharse.

¹¹¹ Sobre las novedades de la *Chronica Nailerensis* en torno a Sancho II, que conforman el único fragmento de esta obra al que, a mi juicio, puede atribuirse una ascendencia épica, remito a F. Bautista, «Sancho II y Rodrigo Campeador en la *Chronica Nailerensis*», *e-Spania*, 7 (2009), accesible en <<http://e-spania.revues.org/>> (consultado el 11 de enero de 2011).

¹¹² J. Gil, ed., *Prefatio de Almaria*, en Emma Falque, Juan Gil & Antonio Maya, ed., *Chronica hispana saeculi XII*, Turnhout, Brepols (Corpus Christianorum: Continuatio Medievalis, 71), 1990, p. 253 (vv. 228-238). «Si en tiempos de Roldán, Álvaro hubiese sido el tercero / tras Oliveros, os confieso una verdad sin falta, / que

Tanto la forma de los nombres de los personajes citados (en especial la de «Roldani») como los detalles nos conducen a la épica, y a una épica con gran probabilidad lingüísticamente hispanizada, en la que se cantarían las hazañas de los guerreros franceses en Roncesvalles. Con todo, estos versos ofrecen sugerencias más decisivas que las de documentar la difusión de este tema, algo que conocemos a través de otras fuentes. Interesa destacar, en tal sentido, que no nos encontramos ya ante una referencia determinada por un contexto historiográfico, y que por tanto la alusión a los héroes franceses tiene una cualidad literaria algo distinta a los pasajes examinados hasta este momento, lo que guarda relación también con la naturaleza literaria del texto en que se encuentra. Pues es aquí, en efecto, el propio éxito de la gesta, y su continuidad con Álvar Fáñez y el Cid, lo que parece imponer al poeta la alusión a Roldán y Oliveros, por encima incluso de las sugerencias que le ofrecía el paso virgiliano en que se inspira todo el fragmento¹¹³.

De este modo, el *Carmen* ofrece así el primer caso en que junto a los héroes franceses figuran los caballeros hispánicos, citados todos ellos como ejemplos admirables de fuerza y valentía, y compartiendo un mismo universo literario, que no es otro que el de la épica romance. En ninguna de las alusiones anteriores asoma un correlato autóctono, a excepción de Bernardo, modelado en el espejo de la gesta carolingia, y ubicado en un ámbito cultural en el que no parece haber tenido

el linaje de los agarenos habría sido puesto bajo el yugo de los francos / y que los queridos compañeros no yacerían aniquilados por la muerte. [...] / El mismísimo Rodrigo, llamado normalmente mio Cid, / de quien se canta que no fue vencido por los enemigos, [...] / ensalzaba a éste, se dirigía a sí mismo menores elogios; / pero yo os confieso una verdad que el tiempo no alterará: / mio Cid fue el primero y Álvaro el segundo», traducción de A. Montaner, ed., *Cantar de mio Cid*, estudio preliminar de Francisco Rico, Barcelona, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles y Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores (Biblioteca Clásica, 1), 2007, p. lxxiii, n. 24, quien propone fechar el texto en 1157-1158.

¹¹³ El modelo virgiliano fue señalado por Francisco Rico, «Del *Cantar del Cid* a la *Eneida*: tradiciones épicas en torno al *Poema de Almería*», *Boletín de la Real Academia Española*, 65 (1985), pp. 197-211; véase también sobre este texto H. Salvador Martínez, *El «Poema de Almería» y la épica románica*, Madrid, Gredos, 1975, A. Montaner y Á. Escobar, «*Carmen Campidoctoris*» o poema latino del Campeador, Madrid, España Nuevo Milenio, 2001, pp. 102-106, con amplia bibliografía, y últimamente Maurilio Pérez González, «Álvar Fáñez y su dimensión heroica en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 206 (2009), pp. 77-94.

demasiada continuidad. Ello induce a pensar que si la épica hispánica nace en los Pirineos con Bernardo, su aclimatación en Castilla (aunque quizá sería mejor decir en la extremadura castellana y leonesa) no habría tenido lugar hasta mediados del siglo XII, de la mano justamente de los personajes del Cid y de Álvar Fáñez¹¹⁴. Los versos del *Carmen* tienen en este sentido un valor de largo alcance, y no sólo apuntan a la existencia de un cantar del Cid a mediados del siglo XII, sino que sugieren que dicha creación es la pieza inaugural de la épica castellana, que acabará por aglutinar incluso tradiciones que en principio le eran ajenas, como la del Bernardo conquistador en los Pirineos¹¹⁵.

De cronología incierta, aunque localizado comúnmente también a mediados del siglo XII, es otro interesante texto, un breve cantar paralelístico, en el que se insinúa una comparación entre los paladines francos y un héroe local, que en este caso no pertenece a la gesta. Se ha conservado en la *Crónica de la población de Ávila* (c. 1256), que lo sitúa como cierre de una anécdota protagonizada por el personaje que figura en el poema. Se cuenta que Çorraquín Sancho, caballero de Ávila, venció en solitario a unos sesenta moros, salvando a unos pastores, pero que por su enorme discreción rehusó comentarlo a sus vecinos, que sólo lo supieron cuando los pastores en cuestión le llevaron «sesenta puercos, en servicio» y ellos les preguntaron por la razón de tales regalos:

E así fue savido, ca él nunca ante lo quiso decir. E después desto cantavan en los corros e dezién así: «Cantan de Roldán, cantan de Olivero, e non de Çorraquín, que fue buen cavallero. Cantan de Olivero, cantan de Roldán, e non de Çorraquín Sancho, que fue buen barragán»¹¹⁶.

¹¹⁴ Aunque con distintos matices e implicaciones, el carácter fundacional de la épica cidiana fue propuesto ya por C. Smith, *ob. cit.*

¹¹⁵ F. Rico, *art. cit.*, en la estela de R. Menéndez Pidal, y al igual que D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 442-447, propone que el cantar del Cid al que remiten los versos del *Carmen* es básicamente igual al conservado, pero al mismo tiempo no duda, como parece claro, que la *Chanson de Roland* de Turolde es distinta de la conocida por el autor de la «Nota emilianense». Extraña contradicción, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de datos que obligan a situar el *Cantar* conservado en 1207; véase A. Montaner, ed., *Cantar de mio Cid*, cit., pp. lxxi-lxxix. En mi opinión, los versos del *Carmen* son al *Cantar de mio Cid* algo parecido a lo que la «Nota emilianense» es respecto de la *Chanson* de Turolde.

¹¹⁶ M. Gómez-Moreno, «La *Crónica de la población de Ávila*», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 113 (1943), pp. 11-56 (cita en p. 30; regularizo la

La elaboración literaria del pasaje, que contrasta el silencio de Çorraquín con la canción de corro (que a su vez alude al silencio sobre las gestas del caballero abulense), nos previene frente a la tentación de tomar el poema como algo surgido al calor mismo de los hechos¹¹⁷. El autor parece haber estructurado el relato en función del cantarillo, elaborando una contraposición entre *facta* y *dicta* que sirve para ensalzar aún más al personaje¹¹⁸. En todo caso, la presencia del «fue», consustancial al poema, invita a colocarlo como mínimo después de la muerte del caballero, que tuvo lugar en 1173¹¹⁹.

Sea como fuere, nuestro poema, cuya fecha de composición podría situarse quizá a fines del siglo XII, no deja en absoluto de ser significativo. Comparte con el *Carmen* la percepción de la gesta francesa como paradigma del heroísmo y la caballería, como el modelo por antonomasia del discurso literario que celebra estos valores, y también una voluntad de superación (e incluso de sustitución) de dicho modelo («Meo Cidi primus fuit», en el *Carmen*), dirigiendo la mirada ahora hacia los caballeros hispánicos, sea el Cid o Çorraquín Sancho¹²⁰. Y si

grafía e introduzco alguna leve corrección); llamó la atención sobre este poema, fechándolo en torno a 1158, F. Rico, «Çorraquín Sancho, Roldán y Oliveros: un cantar paralelístico castellano del siglo XII», en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino, 1910-1970*, Madrid, Castalia, 1975, pp. 537-564, quien ofrece además una edición y un completo estudio literario (aunque publicado en 1975, este trabajo data de 1970, véase *Cultura Neolatina*, 30 (1970), p. 339, n. 1). Cabe señalar que el poema de Çorraquín fue destacado ya, a partir de un texto tardío, por Jole Scudieri Ruggieri, «Qualche osservazione su *Las Mocedades de Rodrigo*», *Cultura Neolatina*, 24 (1964), pp. 129-141 (p. 140, n. 28), e independientemente de este trabajo y del de F. Rico, y a partir de la *Crónica de la población de Ávila*, por A. Ubieto Arteta, *El «Cantar de Mio Cid» y algunos problemas históricos*, Valencia, Anubar, 1973, p. 30, aunque solo el estudio de F. Rico reveló su importancia. Véase también D. Catalán, *ob. cit.*, p. 112-114.

¹¹⁷ Sobre ello ha llamado ya la atención justamente D. Catalán, *ob. cit.*, p. 114.

¹¹⁸ Ello me parece más verosímil que la hipótesis de que el autor de la crónica hubiera inventado el poema, aunque quizá no conviene desestimar completamente esta posibilidad, dada la presencia de otras invenciones literarias dentro del texto, aún poco estudiado desde esta perspectiva. Por otro lado, los datos sobre la hipotética vida tradicional del poema (F. Rico, art. cit., pp. 542-546) son poco concluyentes.

¹¹⁹ Según sugirió ya Eugenio Asensio, *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona, Crítica, 1992 (1ª ed., 1976), p. 142.

¹²⁰ F. Rico «Çorraquín Sancho», cit., pp. 549-551. Resulta interesante observar estas comparaciones a la luz de otras similares en el ámbito francés, donde no se halla ese deseo de contraste (véase, por ejemplo, el «Rollandum dicas Oliveriumque

la yuxtaposición en el poema entre Çorraquín y los héroes franceses, ciertamente no exenta de una amable ironía, debe entenderse dentro de la moraleja de la propia crónica, que por su parte trata de ensalzar el valor de los caballeros de Ávila ante Alfonso X, corrobora igualmente la idea de que la gesta francesa era también para un grupo como el de los caballeros de Ávila la piedra de toque de la fama, pero al mismo tiempo símbolo de un mundo al que era preciso oponer otros referentes, tomados de la propia realidad. Asistimos así en los textos hispánicos del siglo XII, primero, a una contestación de la gesta carolingia en las obras históricas, y a una contraposición después, en piezas literariamente más cercanas al género de la épica, entre héroes francos y autóctonos, todo lo cual parece dar una idea sobre el clima en que se produjo a lo largo de la misma centuria el desarrollo de una épica en León y Castilla¹²¹.

7. Conclusiones

La épica es en principio un discurso oral. Nada tiene de extraño que los rastros románicos más antiguos de este género correspondan a resúmenes, nombres o simples alusiones, por lo común muy elípticas. La difusión a través de la escritura se abrió a la gesta merced seguramente

renatos» de los *Gesta Tancredi* [c. 1118], Silvio Pellegrini, *Studi rolandiani e trobadorici*, Bari, Adriatica, 1964, p. 87; los versos que se refieren a Roncesvalles en la *Cansó d'Antiocha*, R. Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 158-159; o la comparación de Bohemundo con Aquiles y Roldán en la *Historia ecclesiastica* de Orderico Vital, H. S. Martínez, *ob. cit.*, p. 282, n. 22). D. Catalán, *ob. cit.*, p. 114 se opone a la interpretación de Rico, en base a una distribución entre tono antifrancés (en la literatura erudita) y ajeno a él (en la literatura épica), que al margen de casos concretos, los textos disponibles no permiten defender, en realidad, como norma general. Este planteamiento llevó a Catalán a vacilar en la interpretación de la presencia de Bernardo del Carpio en Roncesvalles (*ibidem*, pp. 75 y 105), que en modo alguno puede considerarse invención de Lucas de Tuy.

¹²¹ Al margen de lo señalado, me parecen muy discutibles las propuestas que a partir del poema de Çorraquín y de otro supuesto cantarcillo presente en el *Chronicon mundi* de Lucas de Tuy plantea Maria Luisa Meneghetti, «Almanzor, Çorraquín Sancho e i primi passi dell'epica castigliana», *Medioevo Romanzo*, 22 (1998), pp. 313-325, a propósito de un estilo épico arcaico y autóctono (frente a los cantares de gesta franceses) reflejado en tales piezas. La cronología, no demasiado precisa, el problemático carácter del texto de Lucas de Tuy y el hecho de que Çorraquín no sea un personaje épico no avalan en absoluto a mi entender dicho planteamiento.

a su éxito y también a la ampliación de la propia cultura escrita, e hizo posible su preservación, que tampoco puede verse obviamente como un inmediato reflejo de la oralidad. En todo caso, la conservación poética de la gesta no significa la desaparición de ese otro tipo de registros, limitado a ciertas informaciones, que sigue aflorando en los textos de los siglos siguientes y que habla de una circulación de historias heroicas para la que dicha modalidad de documentación continúa resultando decisiva, que nos ilustra además sobre sus contextos, sus usos y sus lecturas. Ciertamente, debe tenerse presente que el creciente ingreso del género en la escritura (por su mención puntual en textos previos, por la creación de piezas como el Pseudo-Turpín, o por la misma reelaboración literaria de esta última obra) hace que el examen de los ecos de dicha oralidad y de las tradiciones tempranas en los textos deba tener presentes cada vez más variables. En este sentido, las alusiones épicas, las aquí analizadas y otras que pueden aislarse en los textos historiográficos de la primera mitad del siglo XIII, e incluso en piezas más tardías, contrastan fuertemente con el material que ofrece el testimonio indirecto más importante para la épica hispánica, la *Estoria de España*, en donde se utilizaron sobre todo no ya los cantares difundidos oralmente sino manuscritos de los mismos, como permite observar el caso de los textos poéticos conservados e incluidos en dicha obra, el *Cantar de mio Cid* y el *Poema de Fernán González*¹²².

Del cruce entre oralidad y escritura que los testimonios aquí recogidos permiten explorar, y que determina nuestro conocimiento de las leyendas épicas francesas o de las condiciones del género en la España de los siglos XI y XII, me gustaría destacar en estas conclusiones tres vertientes distintas: una de tipo documental, otra relacionada con la historia de la épica en España y finalmente una que tiene que ver con su relación con las tradiciones románicas. La aparición de alusiones épicas en España es contemporánea de la adopción del prestigio carolingio en ámbitos clericales, como muestra la continuidad entre la falsificación sobre el rito hispánico y la «Nota emilianense», ambas localizables en San Millán de la Cogolla. Y lo es también de la recepción de ciertas piezas históricas francesas, como los anales carolingios, cuyas

¹²² Aunque el *Poema de Fernán González* no pertenece a la épica, aludo a este texto teniendo en cuenta que su tradición se ha vinculado tradicionalmente a ella, de modo que el uso exclusivo que hace la *Estoria de España* ahí también del texto escrito, y no de posibles informaciones tradicionales, corroboraría lo señalado.

informaciones conviven en nuestros textos generalmente con otras de origen tradicional. De hecho, puede decirse que el interés específico en estos ámbitos por la gesta, por los relatos que ella transmite, se muestra indesligable del interés por el pasado. No es casual así que la «Nota emilianense» se abra con una línea tomada de unos anales menores carolingios y que quedara inscrita en la sección de un manuscrito que transmitía esos fragmentos de historia hispánica y universal que son los *Chronica Albeldensia*. Como no lo es que quien la copió escribiera también junto a ella un breve resumen histórico sobre la antigua zona de Cantabria, o anotara al margen de la *Chronica wisegothorum* en otro manuscrito el dato analístico sobre la ida de Carlos a Zaragoza. De tal modo que la continuidad entre historia y gesta, constitutiva del género, lo es también de su documentación en estos primeros testimonios y en buena parte de los posteriores.

Ahora bien, este mismo hecho no debe minusvalorarse por lo que hace a los límites de un registro que depende en buena medida no solo de la historia, sino también de la historia de España. Ciertamente, no parece haber duda de que la leyenda de Roncesvalles constituye el hito central del discurso épico, y de que por su tema hubo de ser también el relato con mayor difusión en la península; así lo prueba su recuerdo en los versos del *Carmen de expugnatione Almariae urbis*, que muestran su condición modélica desde un punto de vista literario, o su aparición puntual en otros textos. Pero no es menos cierto que el contexto más habitual de este tipo de alusiones está marcado por una perspectiva histórica, y que ello favorecía fundamentalmente la referencia a la gesta de Roncesvalles, cuyo trasfondo histórico venía atestiguado además por los anales carolingios o por la *Vita Karoli* de Eginhardo, textos manejados por los primeros autores que aluden a esta materia, todo lo cual podría haber dejado en la sombra otros relatos épicos de tema carolingio que circulaban en España. Aquí reside uno de los intereses del testimonio de Pelayo de Oviedo, que al quedar inscrito en un texto ajeno a la tradición cronística hispánica, da pie a la documentación de unas leyendas que no afloran en el resto de testimonios peninsulares, o lo hacen de forma más elusiva. Por último, el diploma falso de Obarra y la *Memoria* de Alaón tienen también una posición singular en este sentido, pues aunque están en sintonía con las falsificaciones amparadas en Carlomagno, y comparten con los textos

históricos una común inscripción en el pasado, en ellos encontramos no solo el prestigio carolingio sino también el primer desarrollo legendario relacionado con la épica en la península. Al igual que las menciones en el poema de Almería o en el de Çorraquín, pero en fecha anterior, estos diplomas prueban además que la documentación de temas autóctonos (a diferencia de los carolingios) no solo tenía espacio en las crónicas o en los manuscritos cronísticos, por lo que la ausencia de referencias análogas en Castilla en los siglos X y XI y la primera mitad del XII es un dato que no conviene despreciar.

Desde un punto de vista histórico, atento al desarrollo del discurso épico en España, puede detectarse una cierta evolución en los documentos que aquí hemos recorrido, que a duras penas puede considerarse completamente azarosa. De este modo, la ausencia de usos legitimadores de Carlomagno con anterioridad a la segunda mitad del siglo XI en España, así como de otras alusiones de tipo histórico, coincide con el silencio sobre la leyenda rolandiana en Francia, y apunta a que la penetración del prestigio carolingio y de la épica son fenómenos solidarios, común fruto de la transformación literaria románica que se produce en este momento y del cambio que en su relación con el resto de Europa tiene lugar ahora en España. Ello está en sintonía, como hemos visto, con el ambiente en el que se consigna la «Nota emilianense», en el que parece haberse dado desde varios frentes una atracción por Carlomagno, y con el hecho de que este resumen no ofrezca en absoluto ninguna crítica de este rey o de los héroes francos. Que el resumen emilianense de la leyenda de Roncesvalles sea el primer documento con trasfondo épico en la península, y al margen de la posibilidad (no desdeñable) de que se basara en un cantar lingüísticamente hispanizado, apunta efectivamente a que el género surge en España a partir de la gesta francesa¹²³. Cuyo primer desarrollo sería, por los mismos años, el que trata de Bernardo, de raigambre netamente carolingia, pero que tiene ya como héroe protagonista a un caballero hispánico. La antigüedad de esta transferencia, en los orígenes románicos del discurso épico, y su fundamento en la oralidad, hicieron posible el surgimiento de un género propio, en tensión creadora con su modelo, cuya materia se proyectaba ahora sobre algunos héroes autóctonos (Bernardo, o poco después el Cid).

¹²³ La misma conclusión, aunque con otros matices, en D. Catalán, *ob. cit.*, p. 407.

La *Historia Silense* y Pelayo de Oviedo, que de forma independiente y con intensidad diversa, critican o se distancian del universo carolingio, ofrecen un notable cambio de actitud frente a la «Nota emilianense». Ello tuvo una decisiva repercusión en la tradición historiográfica posterior, a la que no se pudo sustraer tampoco el autor de la *Chronica Naierensis*, muy alejado ideológica o culturalmente de su modelo en este paso (la *Historia Silense*), y tuvo como consecuencia el que apenas se añadiesen datos tradicionales o desconocidos al relato trazado por su fuente. Así, a pesar de que la de Roncesvalles es la leyenda épica que cuenta con mayor número de alusiones y a pesar de que se ha conservado un fragmento poético de este tema, el *Roncesvalles*, es también la leyenda que tiene una documentación más precaria (o estereotipada) en las crónicas medievales, algo que, por su brevedad, tampoco cambia en gran medida con la inclusión del hecho en algún texto histórico ajeno a ellas, como los *Anales toledanos I*, que en todo caso prueba una vez más la amplia circulación de la gesta. Ni siquiera la *Estoria de España*, que se sirve en varios momentos de narraciones épicas, alcanzó a añadir en este punto prácticamente nada de relieve a sus fuentes cronísticas, y solo en una rama de la tradición textual derivada de esta obra se incluyó algún detalle de ascendencia épica, como la nómina de los muertos en la batalla. Tal es la paradoja de este relato, ya que siendo central en la épica y el primero del que tenemos una documentación detallada, y estando además relacionado con la historia de España, se convirtió pronto en los textos cronísticos en un *locus* ideológicamente saturado, propicio sobre todo a disquisiciones eruditas¹²⁴.

Al margen de ello, el distanciamiento de Pelayo de Oviedo y de la *Historia Silense* frente a la gesta carolingia, originado seguramente por la difusión sobre todo de la leyenda épica de la entrada de España, puede tener algo de sintomático, en especial en el primer caso, en que no es

¹²⁴ Tiene interés, aunque por otros motivos, la elaboración de este episodio llevada a cabo por Lucas de Tuy, que merece un tratamiento aparte. Es destacable además, ya a fines de la Edad Media, el relato que ofrece Lope García de Salazar, cuyo análisis más reciente se debe a D. Catalán, *ob. cit.*, pp. 345-352. Vale la pena notar, por último, que en algunos textos de los siglos XIV y XV se da amplia acogida al relato del Pseudo-Turpín, como sucede en la *Chronica mundi* de Gonzalo de Hinojosa (c. 1320; Escorial, ms. P-I-4, fols. 208r-210r), con una perspectiva crítica sobre algunos de sus episodios (como el de Ferragut), o en la glosa latina a la *Anacephaleosis* de Alonso de Cartagena (c. 1460) y en su traducción romance a cargo de Juan de Villafuerte (c. 1463).

posible hablar de «galofobia»¹²⁵. Al menos, resulta elocuente desde la perspectiva del *Carmen de expugnatione Almariae urbis*, escrito solo unos pocos años más tarde, pues en los versos de este poema encontramos ya, junto a los máximos héroes de Roncesvalles, la emergencia de otros caballeros de la tierra, complemento y superación de los anteriores, cuyos nombres han de dominar el discurso épico en la península. Una vez más, que la primera referencia épica a un héroe hispánico, ahora en un área distinta a la del Bernardo pirenaico, corresponda al Cid tampoco parece aquí un dato desdeñable, y apunta a que el desarrollo de este género en el interior de la península tuvo como epicentro las hazañas de dicho personaje, con una materia que está en el origen de la que daría lugar a comienzos del siglo XIII al *Cantar de mio Cid* conservado. En tal sentido, ese distanciamiento (con matices diversos) de los textos de comienzos del siglo XII respecto de la leyenda rolandiana puede haber sido una de las condiciones para transformar la virtualidad heroica de la memoria del Campeador en un inaugural cantar de gesta. Asimismo, el *Carmen* nos conduce a un territorio distinto del de los anteriores testimonios, ahora en la extremadura castellana, y sugiere que tal fue el espacio cultural e histórico en el que arraigó en principio la nueva gesta, acogiendo incluso relatos creados en otros dominios, como el de Bernardo, que daría lugar en la frontera leonesa a la épica de Bernardo del Carpio.

Por fin, en cuanto a la posición de las tradiciones carolingias documentadas en España dentro del ámbito románico, cabe destacar el nuevo testimonio de Pelayo de Oviedo, que aporta algunos datos relevantes y contribuye a ampliar un poco más nuestros conocimientos en este campo. Como he indicado, la peculiaridad propia de este testimonio, al consistir en una serie de breves interpolaciones a una copia del *Liber historiae Francorum*, siendo ajeno así a la estructura textual de la historia de España, dio lugar a que se infiltrasen aquí ecos de leyendas épicas no documentadas en otros textos o de las que disponíamos solo algunos indicios inconexos o ambiguos. De este modo, encontramos aquí la primera huella tradicional de la leyenda de las mocedades de Carlos centrada en sus luchas contra sus enemigos Chilperico y

¹²⁵ Compárese la perspectiva de D. Catalán, *ob. cit.*, p. 114; y con una valoración próxima a la que aquí apunto, F. Rico, «Çorraquín Sancho», *cit.*, pp. 548-551 (y arriba, nota 120).

Ragenfredo (en los textos romances Heldrí y Rainfroi), que tendría una importante descendencia en otros textos europeos de tradición épica. Esta leyenda se conoció en España en un momento anterior a su combinación con otra tradición legendaria que aseguraba que Carlos había pasado parte de su juventud en Toledo (cuya primera referencia se encuentra en el Pseudo-Turpín), y ello explica que las alusiones o la adaptación de este segundo relato en la península desconocieran el núcleo sobre las guerras dentro de la corte carolingia, pues en los dos casos nos encontramos ante los primeros pasos de ambas tradiciones legendarias¹²⁶. Por lo demás, la interpolación pelagiana constituye un dato importante sobre la primera leyenda, al ser la alusión más antigua de la misma al margen de la *Passio Agilolfi*, y al documentar la difusión de este tema en España al menos durante la primera mitad del siglo XII.

Asimismo, el hecho de que el texto en que quedaron inscritas estas interpolaciones fuera el *Liber historiae Francorum*, sin el concurso de la *Vita Karoli* de Eginhardo o de los anales carolingios, propició que la leyenda épica relacionada con la península aludida por Pelayo de Oviedo fuera no ya la de Roncesvalles, con anclaje histórico en tales textos, sino la de la entrada de Carlomagno en España, que por su carácter fabuloso, sin posible apoyo en las fuentes historiográficas, solo aparece de forma muy elusiva o puntual en otros textos de este tipo. El testimonio pelagiano tiene en este sentido un valor decisivo, ya que junto a otra serie de obras románicas permite a un tiempo comprobar que la sección que trata de este tema en el Pseudo-Turpín remonta a un cantar de gesta (que experimentó diversas modificaciones al ser reescrito e integrado en la historia latina) y que tal relato tuvo una importante difusión en España. Así lo indica también la huella del nombre de uno de los personajes del relato (Ferragut) en la onomástica navarra y riojana, y la representación de uno de los episodios de esta leyenda (el combate entre Roldán y Ferragut) en un capitel de Estella y en otro de Ochánduri. Tal leyenda, que está detrás no solo de la alusión de Pelayo a la entrada de Carlos en España, sino también de la nómina de sus caballeros ofrecida por el obispo, constituye además un dato significativo para el estudio de su documentación en obras románicas posteriores, que puede modificar algunas de las ideas recibidas a este respecto, y afectar a su interpretación, como en el caso del *Roncesvalles*,

¹²⁶F. Bautista, «La tradición épica de las *Enfances* de Carlomagno», *cit.*

o de ciertas tradiciones carolingias desarrolladas en Italia. Por otro lado, la presencia de datos singulares, como la caracterización de Turpín o la mención de Guillermo, conectan la tradición conocida por Pelayo con otras referencias tempranas a la gesta carolingia en España y en el sur de Francia, corroborando su estrecha conexión, ya apuntada por Menéndez Pidal, que merecería un nuevo estudio de conjunto. Cabe señalar, para terminar, que la difusión de este relato, al exagerar las conquistas de Carlos en España, parece haber estado en el origen del rechazo historiográfico de Carlomagno en obras como la *Historia Silense* y la *Historia gothica* de Rodrigo Jiménez de Rada, del distanciamiento frente a la gesta carolingia que se observa en Pelayo de Oviedo y finalmente de la contraposición entre héroes franceses e hispánicos que se sugiere en el *Carmen de expugnatione Almariae urbis*, en un giro literario y simbólico que, como he apuntado antes, parece señalar el contexto para el desarrollo de la leyenda cidiana o para la adopción y reelaboración de la leyenda de Bernardo, que incluso se verá enfrentado a Carlomagno y los suyos en Roncesvalles.

Bautista, Francisco, “Memoria de Carlomagno: sobre la difusión temprana de la materia carolingia en España (siglos XI-XII)”, en *Revista de poética medieval*, 25 (2010), pp. 47-109.

RESUMEN: Este trabajo ofrece un recorrido exhaustivo por los textos y documentos relacionados con la épica carolingia durante los siglos XI y XII, mostrando su importancia para la historia de la épica española. Partiendo de una exploración de la presencia de la memoria de Carlomagno, se intenta reconstruir el contexto de las alusiones más antiguas a la leyenda rolandiana, como la «Nota emilianense» (c. 1070-1080). Ofrece un nuevo tratamiento de las falsificaciones documentales en que aparece Bernardo de Ribagorza (del fines del siglo XI) en una de las cuales se le considera de la familia de Carlomagno, y discute su conexión con la leyenda posterior situada en el Carpio, en el reino de León. Finalmente, este artículo presenta un nuevo documento debido a Pelayo de Oviedo (obispo entre 1102-1143), que revela la amplia circulación de la materia carolingia en España. El análisis de este texto reúne las piezas hispánicas relacionadas con este asunto, en especial la *Historia Silense* y el Pseudo-Turpín, que comparten con él algunas características y ayudan a explicarlo y a interpretar sus referencias. Las conclusiones tratan de situarlo en la historia de la épica española y de

mostrar la importancia de su contenido para el estudio de algunas tradiciones románicas, como la *Entrée d'Espagne*.

ABSTRACT: This article offers a complete survey of the texts and documents related to Carolingian epics in Spain during the eleventh and twelfth centuries, showing their importance for the history of Spanish epics. Beginning with an exploration of the presence of the prestigious memory of Charlemagne, it tries to reconstruct the context of the oldest allusions to the Roland legend, as the so-called «Nota emilianense» (c. 1070-1080). This paper gives a new treatment of the false documents related to Bernardo of Ribagorza (end of the eleventh century), who is linked in one of them to Charlemagne's family, and discusses its connection with the legend latter located in Carpio, in the Leonese kingdom. Finally, the article presents a new document by Pelagius of Oviedo (bishop between 1102 and 1143) which reveals the wide circulation of the Carolingian epic tradition in Spain. The analysis of this material brings together the known texts on Charlemagne in the Iberian Peninsula in the twelfth century, focusing especially on the *Historia Silense* and the Pseudo-Turpin, which share some features with the new text that helps to explain it and uncover its meaning. The conclusions try to show the position of the allusions by Pelagius of Oviedo within the context of Spanish epics, and its importance for the study of other traditions, particularly the one known as *Entrée d'Espagne*.

PALABRAS CLAVE: Épica carolingia. *Chanson de Roland*. *Entrée d'Espagne*. Nota emilianense. Bernardo de Ribagorza. Pelayo de Oviedo. Pseudo-Turpin. Historia de la épica en España

KEYWORDS: Carolingian epics. *Chanson de Roland*. *Entrée d'Espagne*. Nota emilianense. Bernardo of Ribagorza. Pelagius of Oviedo. Pseudo-Turpin. History of Spanish epics